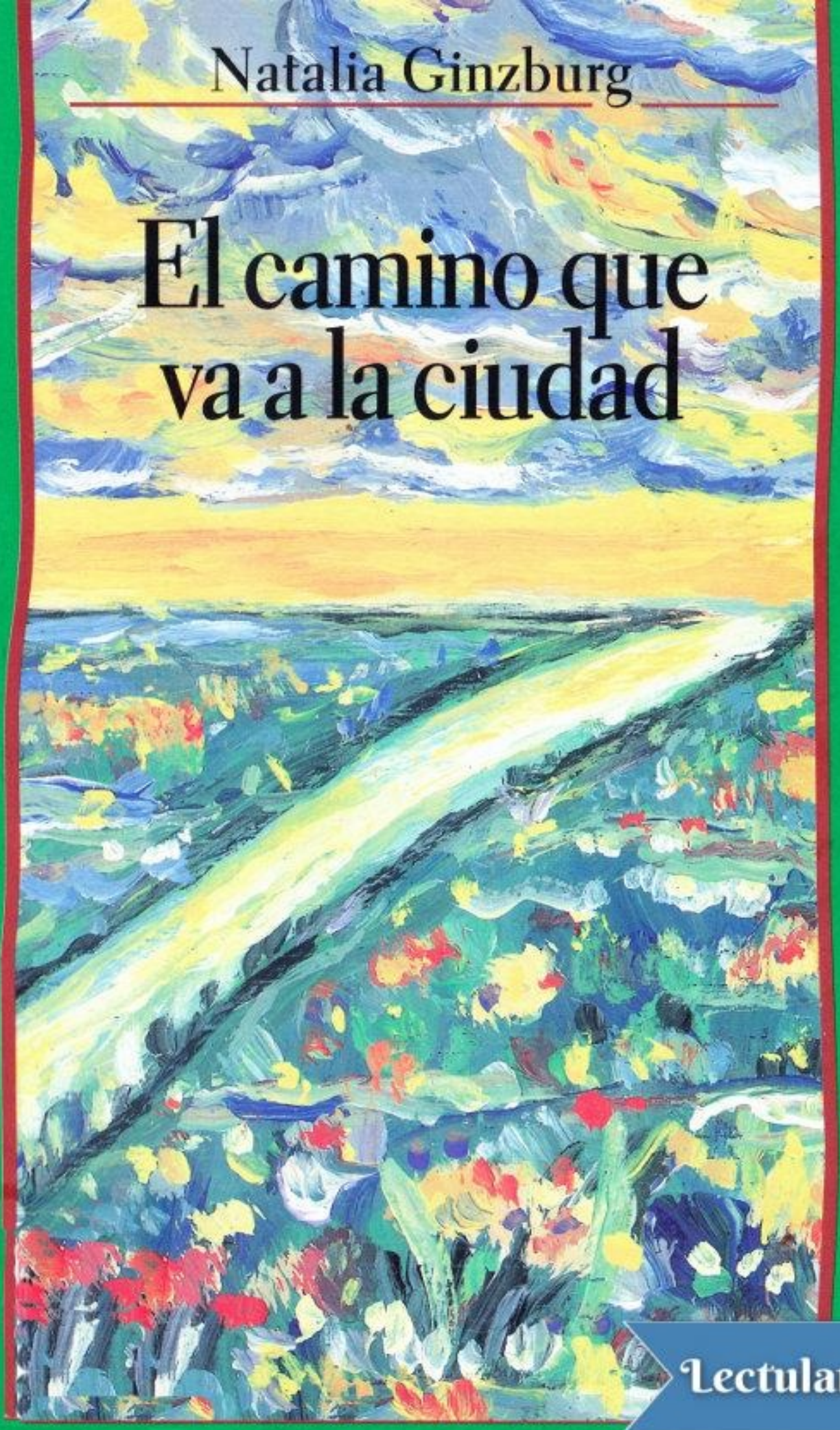
Natalia Ginzburg

El camino que va a la ciudad



Lectulandia

El cuento de Natalia Ginzburg, «El camino que va a la ciudad», narra el proceso de aprendizaje de la doctrina feminista de Delia, por la influencia y tutoría de su hermana mayor. Delia admira cómo su hermana tiene amantes sin que su marido se dé cuenta de ello, sin embargo no llega a ser promiscua, sólo copia la coquetería, la displicencia luego de dar a luz, y la forma de dominar a Giulio, su marido.

Lectulandia

Natalia Ginzburg

El camino que va a la ciudad

ePub r1.0
IbnKhaldun 27.06.14

Título original: *La strada che va in cittá*
Natalia Ginzburg, 1942
Traducción: Arantxa Iturrioz
Diseño de cubierta: Juan López de Ael

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

«Las fatigas de los necios serán su tormento,
porque ellos no conocen el camino que va a la ciudad.»

El Nini vivía con nosotros desde que era pequeño. Era hijo de un primo de mi padre. Se había quedado huérfano y habría debido vivir con su abuelo, pero el abuelo le pegaba con una escoba y él se escapaba y venía a nuestra casa. Hasta que el abuelo murió y entonces le dijeron que podía quedarse con nosotros.

Sin el Nini éramos cinco hermanos. Mayor que yo era mi hermana Azalea, que estaba casada y vivía en la ciudad. Detrás de mí venía mi hermano Giovanni, después estaban Gabriele y Vittorio. Se dice que una casa en la que hay muchos hijos es alegre, pero yo no encontraba nada alegre en nuestra casa. Esperaba casarme pronto y marcharme como había hecho Azalea. Azalea se había casado a los diecisiete años. Yo tenía dieciséis pero todavía nadie había pedido mi mano. También Giovanni y el Nini querían marcharse. Sólo los pequeños estaban todavía contentos.

Nuestra casa era una casa roja con la fachada cubierta de parra. Dejábamos nuestra ropa en la barandilla de la escalera, porque éramos muchos y no había suficientes armarios. «Ox, ox, —decía mi madre, echando a las gallinas de la cocina —, ox, ox…». El gramófono estaba todo el día en marcha y como no teníamos más que un disco, la canción era siempre la misma y decía

Manos de terciopelóo
Manos perfumadáas
de tal modo embriagáais
Que expresar no puedóo.

Esta canción en la que las palabras tenían una cadencia tan extraña nos gustaba mucho a todos nosotros, y no hacíamos más que repetirla al levantarnos y al meternos en la cama. Giovanni y el Nini dormían en una habitación al lado de la mía y por la mañana me despertaban dando tres golpes en la pared, yo me vestía deprisa y salíamos corriendo a la ciudad. Había más de una hora de camino. Una vez en la ciudad, nos separábamos como tres desconocidos. Yo iba a buscar a una amiga y paseaba con ella bajo los soportales. Algunas veces veía a Azalea, con la nariz roja bajo el velo, que no me saludaba porque no llevaba sombrero.

Comía pan y naranjas a la orilla del río con mi amiga, o iba a casa de Azalea. La encontraba casi siempre en la cama leyendo novelas, o fumando, o hablando por teléfono con su amante, discutiendo porque era celosa, sin preocuparse en absoluto de que pudieran oírla los niños. Después llegaba su marido y también con él discutía. Su marido era más bien viejo, con barba y gafas. Le hacía poco caso y leía el periódico, suspirando y rascándose la cabeza. —Que Dios me ayude —murmuraba de vez en cuando para sí. Ottavia, la criada de catorce años, con una gruesa trenza negra despeinada, con el niño pequeño en brazos, decía desde la puerta: —La señora está servida—. Azalea se ponía las medias, bostezaba, se miraba un buen rato las piernas, e íbamos a sentarnos a la mesa. Cuando sonaba el teléfono Azalea enrojecía, retorcía

la servilleta, y la voz de Ottavia decía en la otra habitación: —La señora está ocupada, llamará más tarde—. Después de la comida el marido salía de nuevo, y Azalea volvía a echarse en la cama y se dormía al momento. Su rostro entonces se volvía afectuoso y tranquilo. El teléfono mientras tanto sonaba, las puertas daban golpes, los niños gritaban, pero Azalea seguía durmiendo, respirando profundamente. Ottavia recogía la mesa, y me preguntaba toda asustada qué podía suceder si «el señor» se enteraba. Pero luego me decía en voz baja, con una sonrisa amarga, que de todas formas también «el señor» tenía a alguien. Yo salía. Esperaba el atardecer en un banco del jardín público. La orquesta del café tocaba y yo miraba con mi amiga los vestidos de las mujeres que pasaban, y veía pasar también al Nini y a Giovanni, pero no nos decíamos nada. Volvía a reunirme con ellos fuera de la ciudad, en el camino polvoriento, mientras las casas se iluminaban a nuestras espaldas y la orquesta del café tocaba con más alegría y más fuerza. Caminábamos por el campo a la orilla del río y de los árboles. Llegábamos a casa. Yo odiaba nuestra casa. Odiaba la sopa verde y amarga que mi madre nos ponía delante cada noche y odiaba a mi madre. Me habría avergonzado de ella si me la hubiera encontrado en la ciudad. Pero no iba ya a la ciudad desde hacía muchos años, y parecía una campesina. Tenía el pelo gris despeinado y le faltaban dientes. —Pareces una bruja, mamá —le decía Azalea cuando venía a casa—. ¿Por qué no te pones dentadura postiza? —Después se tumbaba en el diván rojo del comedor, tiraba los zapatos y decía—: Café. —Bebía deprisa el café que le traía mi madre, dormitaba un poco y se marchaba. Mi madre decía que los hijos son como el veneno y que no habría que traerlos nunca al mundo. Se pasaba el día maldiciendo uno por uno a todos sus hijos. Cuando mi madre era joven, un secretario de juzgado se había enamorado de ella y la había llevado a Milán. Mi madre estuvo fuera unos días pero luego volvió. Repetía siempre esta historia, pero decía que se había marchado sola porque se sentía cansada de los hijos, y el secretario se lo habían inventado en el pueblo. —Ojalá no hubiera vuelto nunca —decía mi madre secándose con los dedos las lágrimas que le corrían por toda la cara. Mi madre no paraba de hablar, pero yo no le respondía. Nadie le respondía. Sólo el Nini le respondía de vez en cuando. Él era diferente a nosotros aunque hubiésemos crecido juntos. Aunque fuésemos primos no se nos parecía. Su cara era tan pálida que ni siquiera al sol se ponía morena, con un mechón que le caía sobre los ojos. Llevaba siempre en el bolsillo periódicos y libros y leía continuamente, leía incluso comiendo y Giovanni le tiraba el libro para fastidiarle. Lo recogía y leía tranquilo pasándose los dedos por el mechón. El gramófono entretanto repetía:

Manos de terciopelóo
Manos perfumadáas

Los pequeños jugaban y se pegaban y mi madre iba y les daba unos cachetes, y luego

la tomaba conmigo que estaba sentada en el diván en lugar de ir a ayudarla con los platos. Mi padre entonces le decía que ésa no era forma de educarme. Mi madre empezaba a sollozar y decía que ella era el saco de todos los golpes, y mi padre cogía el sombrero del perchero y salía. Mi padre trabajaba de electricista y de fotógrafo, y había querido que también Giovanni aprendiese el oficio de electricista. Pero Giovanni no iba nunca cuando lo llamaban. No había suficiente dinero y mi padre estaba siempre cansado y furioso. Venía a casa un momento y se marchaba enseguida, porque la casa era un manicomio, decía. Pero decía que no era culpa nuestra si habíamos salido tan mal. Que la culpa era suya y de mi madre. Viéndolo mi padre parecía todavía joven y mi madre estaba celosa. Se lavaba bien antes de vestirse y se ponía brillantina en el pelo. No me avergonzaba de él si me lo encontraba en la ciudad. También al Nini le gustaba lavarse y le robaba la brillantina a mi padre. Pero no le servía y el mechón le bailaba en los ojos igual.

Una vez Giovanni me dijo:

—El Nini bebe aguardiente.

Lo miré asombrada.

—¿Aguardiente?, ¿pero siempre?

—Cuando puede —dijo—, siempre que puede. Hasta ha traído a casa una botella. La tiene escondida. Pero la he encontrado y me lo ha dado a probar. Está bueno —me dijo.

—El Nini bebe aguardiente —repetía para mí con asombro. Fui a casa de Azalea. La encontré sola en casa. Estaba sentada en la mesa de la cocina y comía una ensalada de tomate aliñada con vinagre.

—El Nini bebe aguardiente —le dije.

Levantó los hombros con indiferencia.

—Algo hay que hacer para no aburrirse —dijo.

—Sí, uno se aburre ¿Por qué nos aburrimos tanto? —pregunté.

—Porque la vida es estúpida —me dijo, apartando el plato—. ¿Qué le vas a hacer? Uno se cansa pronto de todo.

—Pero ¿por qué uno se aburre siempre tanto? —le dije al Nini al atardecer mientras volvíamos a casa.

—¿Quién se aburre? Yo no me aburro en absoluto, —dijo y se echó a reír agarrándome el brazo—. Entonces ¿te aburres?, ¿y por qué? todo es tan hermoso.

—¿Qué es hermoso? —le pregunté.

—Todo —me dijo— todo. Todo lo que miro me gusta. Hace poco me gustaba pasear por la ciudad, ahora camino por el campo y también me gusta.

Giovanni iba unos pasos por delante de nosotros. Se paró y dijo:

—El ahora trabaja en la fábrica.

—Aprendo a manejar el torno —dijo el Nini—, así tendré dinero. Sin dinero no

puedo estar. Sufro. Me basta tener cinco liras en el bolsillo para sentirme más contento. Pero el dinero cuando uno lo quiere tiene que robarlo o ganárselo. En casa nunca nos lo han explicado bien. Se quejan siempre de nosotros pero sólo por pasar el tiempo. Nadie nos ha dicho nunca: te vas y te callas. Eso es lo que tenían que hacer.

—Si me hubieran dicho: te vas y te callas, les hubiera echado a patadas de la casa, —dijo Giovanni.

En el camino encontramos al hijo del médico que volvía de cazar con su perro. Había matado siete u ocho codornices, y me quiso regalar dos. Era un muchacho robusto con un gran bigote negro, que estudiaba medicina en la universidad. Él y el Nini se pusieron a discutir, y Giovanni me dijo después: —El Nini al hijo del médico se lo mete en el bolsillo. El Nini no es un cualquiera, no importa si no ha estudiado.

Pero yo estaba feliz porque Giulio me había regalado las codornices, y me había mirado y había dicho que un día teníamos que ir juntos a la ciudad.

Ahora había llegado el verano y empecé a pensar en arreglar todos mis vestidos. Le dije a mi madre que necesitaba tela celeste y mi madre me preguntó si creía que tenía millones en la cartera, pero yo entonces le dije que necesitaba también un par de sandalias de suela de corcho y que no podía pasar sin ellas, y le dije: —Maldita sea la madre que te parió—. Me gané una bofetada y lloré un día entero encerrada en la habitación. El dinero se lo pedí a Azalea, que a cambio me mandó al número veinte de la calle Génova a preguntar si Alberto estaba en casa. Como no estaba en casa, volví para decírselo y conseguí el dinero. Durante unos días me quedé en la habitación cosiendo el vestido, y casi no recordaba ya cómo era la ciudad. Cuando terminé el vestido, me lo puse y salí a pasear, y el hijo del médico me abordó enseguida, compró pastas y fuimos a comerlas al pinar. Me preguntó qué había hecho encerrada en casa durante todo ese tiempo. Pero le dije que no me gustaba que la gente se metiera en mis asuntos. Entonces me rogó que no fuera tan mala. Después intentó besarme y eché a correr.

Pasaba toda la mañana tumbada en el balcón de casa, para que el sol me broncease las piernas. Tenía las sandalias de suela de corcho y tenía el vestido, y tenía también un bolso de paja trenzada que me había dado Azalea, a cambio de llevarle una carta al número veinte de la calle Génova. Y la cara, las piernas y los brazos me habían cogido un buen color. Vinieron a decirle a mi madre que Giulio, el hijo del médico, estaba enamorado de mí y su madre no paraba de echárselo en cara. Mi madre se volvió de golpe de lo más alegre y amable, y todas las mañanas me llevaba yema de huevo batida porque según decía le parecía que estaba un poco rara. La mujer del médico solía estar en la ventana con la criada, y cuando me veía pasar golpeaba los cristales como si hubiera visto una serpiente. Giulio esbozaba una media sonrisa y seguía andando a mi lado y hablando. Yo no escuchaba lo que decía, pero pensaba que aquel muchacho corpulento, con bigote negro, con botas altas, que

llamaba con un silbido a su perro, sería pronto mi novio y muchas chicas en el pueblo llorarían de rabia por ello.

Vino Giovanni a decirme: —Azalea quiere verte—. Hacía mucho tiempo que no iba a la ciudad. Fui con mi vestido celeste y las sandalias, con la bolsa y con las gafas de sol. En casa de Azalea reinaba el desorden, las camas no estaban todavía hechas y Ottavia, con los niños pegados a la falda, sollozaba apoyada en la pared.

—La ha dejado —me dijo—, se casa.

Azalea estaba sentada en la cama en combinación, con los ojos desencajados y brillantes. Tenía un montón de cartas en el regazo.

—Se casa en septiembre —me dijo.

—Ahora hay que esconderlo todo antes de que venga el señor —dijo Ottavia juntando las cartas.

—No, quemarlas es lo que hay que hacer —dijo Azalea—, quemadlas. Que yo no las vea nunca más. Que yo no vea nunca más esta cara. Esta cara estúpida, malvada —dijo rompiendo el retrato de un oficial que sonreía. Y se puso a llorar y a gritar, golpeándose la cabeza contra el respaldo de la cama—. Ahora le dan las convulsiones, —me dijo Ottavia—, le ocurría a veces a mi madre. Hay que mojarle el vientre con agua fría.

Azalea no permitió que le mojásemos el vientre, y dijo que quería quedarse sola y que fuésemos a llamar a su marido porque tenía que confesárselo todo. Fue difícil convencer a Azalea de no llamar a nadie. Las cartas las quemamos en el hornillo de la cocina mientras Ottavia me leía algunos trozos antes de echarlos al fuego, y los niños hacían volar el papel quemado por toda la habitación. Cuando volvió el marido de Azalea yo le dije que Azalea estaba mal y tenía fiebre, y él entonces fue a buscar un médico.

Cuando volví a casa era de noche y mi padre me preguntó dónde había estado. Respondí que me había llamado Azalea, y Giovanni le dijo que era verdad. Mi padre dijo que bien podía ser verdad pero él no lo sabía, que le habían contado que andaba con el hijo del médico y si era verdad me partía la cara a bofetadas. Respondí que me daba igual y que hacía lo que me parecía, pero después me dio rabia y tiré la sopa al suelo. Me encerré en la habitación y estuve dos o tres horas llorando, hasta que Giovanni me gritó a través de la pared que me callase y les dejase dormir, que ellos tenían sueño. Pero yo seguía llorando y el Nini vino a la puerta a decir que si le abría me daba chocolatinas. Entonces abrí y el Nini me llevó delante del espejo para que viera lo hinchada que tenía la cara, y me dio de verdad chocolatinas y dijo que se las había regalado su novia. Pregunté cómo era esa novia suya y por qué no me la presentaba, y él me dijo que tenía alas y cola y un clavel en el pelo. Le dije que yo también tenía un novio y que era el hijo del médico, y respondió: —Muy bien —pero después puso una cara rara y se levantó para marcharse. Entonces yo le pregunté dónde había escondido el aguardiente. Se puso rojo y se rió, y dijo que eran cosas que no concernían a una señorita.

La noche siguiente el Nini no volvió a casa. No volvió tampoco en los días siguientes, y no se le vio el pelo al Nini durante tanto tiempo que se dio cuenta incluso mi padre, que era muy despistado, y preguntó dónde se había metido. Giovanni respondió que estaba bien pero que de momento no venía a casa. Mi padre dijo:

—Mientras les apetece venir vienen, después encuentran algo mejor y si te he visto no me acuerdo. Son todos iguales, hijos y no hijos.

Giovanni más tarde me contó que el Nini ahora vivía con su amante, que era viuda pero joven y se llamaba Antonietta.

Entonces fui a la ciudad con la intención de averiguar algo sobre el Nini y saber si era realmente cierto. Lo encontré en el café con Giovanni, estaban tomando un helado. Me senté con ellos y me trajeron helado también a mí, y nos quedamos allí durante un rato escuchando música, y el Nini como un señor pagó lo de todos. Le pregunté si era verdad lo de la viuda. Dijo que sí, que era verdad, y por qué no iba alguna vez a buscarlo a su apartamento, donde vivía con Antonietta y con dos hijos que ella tenía, un chico y una niña. Y dijo también que Antonietta tenía un negocio de papelería y plumas estilográficas y le iba bastante bien.

—Así te conviertes en un mantenido —le dije.

—¿Mantenido? ¿Por qué? Yo trabajo —y me dijo que tenía una paga modesta como obrero en la fábrica y que contaba con mandar pronto un poco de dinero también a casa.

Le hablé a Giulio del Nini mientras estábamos fumando en el pinar, y le dije que un día lo iba a ir a ver.

—No debes ir —me dijo.

—¿Por qué?

—Hay cosas que tú no entiendes, eres aún demasiado niña.

Le respondí que de ningún modo era una niña, que tenía diecisiete años y a los diecisiete años mi hermana Azalea se había casado. Pero repitió que yo no podía entenderlo y que una muchacha no debe ir a la casa de quienes viven juntos sin casarse. Volví de mal humor aquella noche y mientras me desnudaba para meterme en la cama, pensaba que Giulio me llevaba al pinar y se divertía besándome, y mientras tanto el tiempo pasaba sin que aún me hubiese propuesto matrimonio. Y yo estaba impaciente por casarme. Pero pensaba que una vez casada, querría ser libre y divertirme a lo grande, y en cambio quizá con Giulio no sería libre en absoluto. Quizá haría conmigo como su padre, que a su esposa la había encerrado en casa porque decía que el sitio de una mujer estaba entre las paredes de su hogar, y ella se había vuelto una vieja cicatera que estaba todo el día en la ventana viendo pasar a la gente.

No sabía por qué pero me parecía horrible no ver ya al Nini por la casa, con su mechón en los ojos y su viejo impermeable descosido y sus libros, y no oír ya sus

sermones para que ayudase a mi madre. Una vez fui a verlo para fastidiar a Giulio. Era domingo, y me sirvieron un té con pastas en un bonito mantel bordado, y Antonietta, que era la viuda, me festejó y me besó en las mejillas. Era una mujercita bien vestida, pintada, de pelo rubio ligero, de hombros delgados y cintura gruesa. Estaban también los hijos que hacían los deberes. El Nini estaba sentado junto a la radio, y ahora no tenía un libro en la mano como en casa. Me enseñaron todo el apartamento. Tenía un baño, un dormitorio de matrimonio y botes con plantas grandes por todas partes. Estaba mucho más limpio y reluciente que el de Azalea. Hablamos de todo un poco y me invitaron a volver a menudo.

El Nini me acompañó durante una parte del camino. Le pregunté por qué no volvía a casa, y le dije que en casa sin él me aburría todavía más. Y me entraron ganas de llorar. Se sentó junto a mí en un banco y me tenía abrazada suavemente, y mientras tanto me acariciaba las manos y decía que dejase de llorar, porque si no se me iba a correr la pintura de los ojos. Le dije que yo no me pintaba los ojos y no era como Antonietta que parecía un payaso toda maquillada, y que él haría mejor en volverse a casa. Dijo que más bien yo debía buscarme un trabajo e ir a vivir a la ciudad, porque iríamos al cine por la noche, pero tenía que hacer algo para ganar dinero y ser independiente. Le dije que no tenía la menor intención y que se lo quitase de la cabeza, y que además pronto me casaría con Giulio y vendríamos a vivir a la ciudad, porque tampoco a Giulio le gustaba mucho el pueblo. Así nos despedimos.

Le conté a Giulio que había estado en casa del Nini, y no se enfadó. Dijo sólo que lamentaba que hiciera cosas que a él le disgustaban. Le hablé de Antonietta y del apartamento, y me preguntó si me parecería bien tener un apartamento así. Y luego dijo que cuando hubiera hecho el examen de estado nos casaríamos, pero antes no era posible y mientras tanto yo no debía portarme mal.

—No me porto mal —le respondí.

Me dijo que fuera mañana a Fonte Le Macchie con él. Para llegar a Fonte Le Macchie había que caminar un trecho cuesta arriba, y a mí no me gustaba caminar cuesta arriba y además tenía miedo de las víboras.

—No hay víboras por esa zona, —me dijo—, y comeremos moras y descansaremos todas las veces que quieras.

Al principio fingí no entender y le dije que vendría también Giovanni, pero dijo que a Giovanni no lo necesitábamos y que teníamos que ir nosotros dos solos.

A Fonte Le Macchie no llegamos porque yo me paré a mitad de camino, me senté en una piedra y le dije que no daría un paso más. Para asustarme empezó a gritar que veía una víbora, sí, sí, la había visto, era amarilla y movía la cola de un lado a otro. Yo le dije que me dejara en paz porque estaba muerta de cansancio y tenía hambre. Sacó la comida de la bolsa. Tenía también vino en una cantimplora y me lo dio a beber, hasta que me derrumbé sobre la hierba aturdida y pasó lo que me temía.

Cuando bajamos para volver era tarde, pero yo me sentía tan cansada que tenía que pararme casi a cada paso, hasta que al llegar al pinar me dijo que tenía que adelantarse corriendo, porque si no se hacía demasiado tarde y su madre se asustaba. Así que me dejó sola y yo caminaba tropezando con todas las piedras, y estaba oscureciendo y me dolían las rodillas.

Al día siguiente vino a casa Azalea. La acompañé un rato y le dije lo que había pasado. En un primer momento no me creía y pensaba que lo decía por alardear, pero de repente se paró y dijo:

Le conté a Giulio que había estado en casa del Nini, y no se enfadó. Dijo sólo que lamentaba que hiciera cosas que a él le disgustaban. Le hablé de Antonietta y del apartamento, y me preguntó si me parecería bien tener un apartamento así. Y luego dijo que cuando hubiera hecho el examen de estado nos casaríamos, pero antes no era posible y mientras tanto yo no debía portarme mal.

—No me porto mal —le respondí.

Me dijo que fuera mañana a Fonte Le Macchie con él. Para llegar a Fonte Le Macchie había que caminar un trecho cuesta arriba, y a mí no me gustaba caminar cuesta arriba y además tenía miedo de las víboras.

—No hay víboras por esa zona —me dijo—, y comeremos moras y descansaremos todas las veces que quieras.

Al principio fingí no entender y le dije que vendría también Giovanni, pero dijo

que a Giovanni no lo necesitábamos y que teníamos que ir nosotros dos solos.

A Fonte Le Macchie no llegamos porque yo me paré a mitad de camino, me senté en una piedra y le dije que no daría un paso más. Para asustarme empezó a gritar que veía una víbora, sí, sí, la había visto, era amarilla y movía la cola de un lado a otro. Yo le dije que me dejara en paz.

—¿Es verdad?

—Es verdad, es verdad, Azalea —le dije yo, y entonces hizo que se lo repitiera todo desde el principio. Estaba tan asustada y enfadada que se arrancó la hebilla del cinturón. Quería hablar con su marido para que se lo dijese a mi padre. Le dije que se cuidase bien de hacerlo y que además también yo sabía unas cuantas cosas sobre ella. Reñimos y al día siguiente fui a la ciudad con la intención de hacer las paces, ya se había calmado y la encontré probándose un vestido de baile nuevo porque había recibido una invitación. Me dijo que podía organizar el follón que quisiera con tal de que nadie viniese luego a molestarla, y que por otra parte el hijo del médico a ella no le gustaba nada y le parecía muy ordinario. Mientras salía vi a Giovanni con el Nini y Antonietta, y todos juntos fuimos a bañarnos al río, Antonietta era la única que no sabía nadar y se quedó sentada en la barca. Yo me agarraba a la barca y hacía como que la volcaba para meterle miedo, pero luego me entró frío y volví a subir y me puse a remar. Antonietta empezó a hablarme de su marido y de la enfermedad que tenía, de las deudas que había dejado y los abogados y los pleitos. Yo me aburría y me parecía ridícula, sentada en la barca como si estuviera de visita con las rodillas juntas y el bolso y el sombrero.

Aquella noche entró Giovanni en la habitación a decirme que se había enamorado de Antonietta, y no sabía si decírselo al Nini y no sabía qué hacer para que se le pasara, y andaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos. Yo lo traté mal y le dije que estaba harta de todas esas historias de amor, y de Azalea y el Nini y también de él y que me dejasen en paz. —Maldita sea la madre que te parió —me dijo y se marchó dando un portazo.

Giulio me dijo que tenía que ir con él a bañarme en el río, y también tenía que ir con él a la ciudad, y divertirnos los dos juntos. Así lo hice, nadábamos en el río y tomábamos un helado, y después me llevaba a una habitación de cierto hotel que él conocía. Aquel hotel se llamaba Le Lune, estaba al final de una calle vieja, y con sus persianas cerradas y su pequeño jardín desierto, a primera vista hacía el efecto de una villa deshabitada. Pero en las habitaciones había aguamanil y espejo y alfombras en el suelo. Yo le contaba a Azalea que habíamos estado en el hotel, y ella decía que un día u otro me iba a llevar un disgusto. Ahora a Azalea la veía poco porque se había buscado otro amante que era un estudiante sin un duro, y ella estaba muy atareada comprándole guantes y zapatos y llevándole cosas de comer.

Una noche mi padre entró en mi habitación y tiró el impermeable encima de la cama, y me dijo:

—Te había dicho que te iba a romper la cara.

Me agarró del pelo y se puso a darme bofetadas mientras yo gritaba: —¡Socorro, socorro! —Hasta que vino mi madre preocupada, con las patatas en el delantal, y preguntó:

—Pero ¿qué ha pasado, qué le haces, Attilio?

Mi padre le dijo: —Esto nos tenía que pasar, mira que somos desgraciados —y se sentó pálido, pasándose las manos por la cabeza. Yo tenía un labio sangrando y marcas rojas en el cuello, estaba mareada y casi no me tenía en pie, y mi madre me quería ayudar a limpiarme la sangre, pero mi padre la cogió por un brazo y la empujó fuera. Salió también él y me dejaron sola. El impermeable de mi padre había quedado encima de la cama, y yo lo cogí y lo tiré a las escaleras. Mientras estaban todos en la mesa salí. La noche era clara y estrellada. Yo temblaba por la agitación y el frío y el labio me seguía sangrando, tenía sangre en el vestido y hasta en las medias. Tomé el camino hacia la ciudad. No sabía ni yo adónde iba. En un primer momento me dije que podía ir a casa de Azalea, pero estaría el marido que enseguida empezaría a hacerme preguntas y a echarme un sermón. Así que fui a casa del Nini. Los encontré sentados alrededor de la mesa en el comedor, jugando a la oca. Me miraron atónitos y los niños se pusieron a gritar. Entonces me tiré en el sofá y empecé a llorar. Antonietta trajo un desinfectante para curarme el labio, luego me hicieron beber una taza de manzanilla y me prepararon la cama en un catre en el recibidor. El Nini me dijo:

—Explícanos un poco qué te ha pasado, Delia.

Les dije que mi padre se había abalanzado sobre mí y quería matarme, porque andaba con Giulio, y que tenían que buscarme un trabajo y traerme a la ciudad, porque en casa no podía seguir.

El Nini dijo:

—Ahora desnúdate y métete en la cama, y después vendré a verte y pensaremos

qué se puede hacer.

Se fueron todos y yo me desnudé y me metí en la cama con un camisón de Antonietta color lila claro. Un poco después vino el Nini y se sentó junto a mi cama, y me dijo:

—Si quieres te busco un puesto en la fábrica donde trabajo yo. Al principio te parecerá difícil porque con la edad que ya tienes nunca has hecho nada. Pero te acostumbrarás poco a poco. Si no encuentro nada en la fábrica te pones a servir.

Le dije que no me apetecía ponerme a servir y que prefería trabajar en la fábrica, y le pregunté por qué no podía por ejemplo ser florista, sentarme en las escaleras de la iglesia con cestos de flores. Él dijo:

—Cállate y no digas tonterías. Además no puedes vender nada porque no sabes hacer cuentas.

Entonces le dije que Giulio se casaría conmigo después del examen de estado.

—Quítatelo de la cabeza —respondió.

Y me puso al corriente de que Giulio tenía una novia en la ciudad, y en la ciudad lo sabía todo el mundo: era una chica delgada que conducía un coche. Yo empecé a llorar de nuevo y el Nini me dijo que me tumbara y que durmiera, y me trajo otra almohada para que estuviese cómoda.

Al día siguiente por la mañana me vestí y salí con él a la ciudad fresca y desierta. Vino conmigo hasta el límite de la ciudad. Nos sentamos a la orilla del río a esperar que llegase su hora de ir a la fábrica. Me dijo que de vez en cuando le entraban ganas de ir a Milán a buscarse un trabajo en alguna fábrica grande.

—Pero antes tienes que despachar a Antonietta.

—Claro, no querrás que la llevé conmigo con la tienda y los dos críos.

—No la quieres entonces —dije.

—Así es como la quiero. Estamos juntos mientras nos apetece, luego nos separamos civilizadamente y se acabó.

—Entonces dásela a Giovanni que se muere por ella —le dije, y él se echó a reír:

—Ah, ¿Giovanni? De todas formas no está tan mal Antonietta, es un poco remilgada pero no es mala. Aunque yo no estoy enamorado.

—¿De quién estás enamorado? —le pregunté, y me vino a la cabeza de repente que tal vez estaba enamorado de mí. Me miró riendo y dijo:

—¿Pero es que hay que querer a alguien? Se puede no querer a nadie y estar interesado en cualquier otra cosa.

Me castañeaban los dientes y estaba helada de frío con mi vestido ligero.

—Tienes frío, cielo —me dijo. Se quitó la chaqueta y me la colocó en los hombros.

Yo le dije:

—Qué atento eres.

—Por qué no voy a ser atento contigo —dijo—, eres tan desgraciada que me das lástima. Crees que no sé que te has metido en un lío con ese Giulio. Lo adivino porque te conozco y además me lo ha contado Azalea.

—No es verdad —le dije, pero respondió que haría mejor en callarme porque él me conocía y tampoco era tan estúpido.

Sonaron las sirenas y el Nini dijo que tenía que ir a trabajar. Quería que me quedase con su chaqueta, pero dije que no porque tenía miedo de encontrarme con alguien y me sentía ridícula llevando encima aquella chaqueta de hombre. Nos despedimos y le dije:

—Oh Nini ¿por qué no vienes ya a casa?

Prometió entonces venirme a ver al día siguiente que era domingo. Y luego se inclinó resuelto y me besó en la mejilla. Me quedé parada mirándolo mientras se marchaba, con las dos manos en los bolsillos y su paso tranquilo. Estaba asombrada de que me hubiese besado. No lo había hecho nunca. Me puse a andar muy despacio e iba pensando en muchas cosas, en el Nini que me había besado y en Giulio que tenía novia en la ciudad y me lo había ocultado, y pensaba: «Qué rara es la gente. Nunca se sabe qué es lo que quieren». Y también pensaba que en casa volvería a ver a mi padre y que quizá me pegaría de nuevo, y me sentía triste.

Pero mi padre no me dirigió la palabra e hizo como si yo no estuviese, y los demás también hicieron lo mismo. Sólo mi madre me trajo el café con leche y me preguntó dónde había estado. A Giulio no lo vi en el pueblo y no sabía dónde estaba, si cazando o en la ciudad.

Al día siguiente llegó el Nini muy excitado y contento, y me dijo que me había encontrado un trabajo, no en la fábrica porque allí enseguida le habían dicho que no, pero había una señora vieja un poco loca que necesitaba a alguien que saliese por las tardes con ella. Tenía que estar en la ciudad todos los días después de comer y volvería a casa al acabar la tarde. De momento la paga era escasa y no me permitía vivir sola en la ciudad, pero luego sin duda la aumentaría, prometía el Nini. Esa señora era una conocida de Antonietta y había sido ella la que me había recomendado. Aquel día en casa no había nadie y el Nini y yo estuvimos solos todo el tiempo. Nos tumbamos a hablar en la pérgola y pudimos conversar en paz como si hubiésemos estado en la orilla del río.

—Pero era mejor en el río —me dijo— vuelve al río una mañana y también nos bañaremos. No sabes lo bien que está bañarse a la mañana temprano. No hace frío y te sientes revivir.

Yo empecé a preguntarle otra vez de quién estaba enamorado.

—Déjame en paz —dijo—, déjame tranquilo y no me fastidies hoy que estoy tan contento.

—Dímelo Nini —le dije—, dímelo y no se lo digo a nadie.

—Qué te importa —dijo. Y empezó a aconsejarme que me lavase bien y me pusiese un vestido oscuro cuando fuese a donde la vieja. Le respondí que no tenía un vestido oscuro y que si hacían falta tantas historias se me quitaban las ganas de ir. Entonces se enfadó y se marchó sin siquiera despedirse.

A casa de la vieja fui con el vestido celeste que solía ponerme. Me esperaba ya lista para salir con el sombrero y con el morro empolvado. Tenía que pasear con ella y entretenerla agradablemente —así me lo dijo su hija—, luego volverla a llevar a casa y leerle en voz alta el periódico hasta que se quedara dormida. Andaba a pasos pequeños con su mano apoyada en mi brazo. La vieja se quejaba continuamente. Decía que yo era demasiado alta y que se cansaba agarrándome el brazo. Decía que corría demasiado. Tenía un miedo tremendo a cruzar las calles, se ponía a gemir y a temblar y todo el mundo se volvía. Una vez nos encontramos con Azalea. No sabía todavía que yo trabajaba y me miró pasmada.

Cuando llegaba a casa la vieja se bebía una taza de leche como bebe la gente mayor. Yo mientras tanto le leía el periódico. Poco después empezaba a dormitar y yo salía corriendo. Pero estaba de mal humor y no disfrutaba de la ciudad y de las tiendas. Una tarde se me ocurrió ir a buscar al Nini a la fábrica. Me distinguió de lejos y se le animó la cara. Pero cuando lo vi a mi lado, con un viejo sombrero demasiado claro, con los zapatos rotos y demasiado anchos que arrastraba al andar, con aspecto sucio y cansado, me arrepentí de haber ido a buscarlo y sentí vergüenza de él. Se dio cuenta y se ofendió, y se enfadó conmigo porque decía que me moría de aburrimiento con la vieja.

Pero cuando llegamos a la orilla del río se fue serenando poco a poco, y se puso a contarme que en el cajón de Antonietta había encontrado una fotografía de Giovanni con una dedicatoria detrás.

—Mejor así —me dijo.

—¿Mejor así?, ¿por qué mejor así?

—¿Qué diablos quieres que me importe?

—Eres frío como un pez. Das asco.

—Soy un pez, está bien ¿Y tú qué eres? —Estuvo mirándome un rato y luego dijo —: Tú eres una pobre chica.

—¿Por qué?

—¿Es verdad que te has dejado llevar al Lune?

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunté.

—Me lo ha dicho un pajarito —respondió— ¿has estado allí varias veces?

—No es asunto tuyo —dije.

—¡Pobre chica!, ¡pobre chica! —repetía como para sí.

Me enfadé y le tapé la boca con la mano. Entonces me abrazó y me tumbó sobre la hierba y me besaba me besaba la cara, las orejas, el pelo.

—¿Estas loco, Nini?, ¿pero qué haces? —decía, y me entraban ganas de reír y tenía miedo a la vez.

Se volvió a sentar alisándose el pelo, y me dijo:

—Mira lo que eres. Cualquiera se puede divertir contigo mientras le apetezca.

—¿Y ahora has querido saber si soy como tú decías?

—No, olvídalo, era una broma, —me dijo.

Giulio me esperaba en el camino aquella tarde.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le pregunté.

—En la cama con fiebre, —respondió, y quería cogerme del brazo. Pero le dije que se marchara y me dejara tranquila porque ya sabía que tenía una novia.

—¿Qué novia?, ¿quién?

—Una que tiene coche.

Se echó a reír con fuerza dándose con la mano en la rodilla.

—Inventan chismes —dijo—, y tú te los tragas. No seas boba y ven al pinar mañana después de comer.

Pero le dije que después de comer ya no estaba libre y le conté lo de la vieja.

—Ven por la mañana entonces —me dijo.

Yo volvía la cara hacia otro lado y no quería dejarme mirar, porque tenía miedo de que se adivinase al mirarme que el Nini me había besado.

A la mañana siguiente en el pinar no paró de preguntarme quién me había hablado de la novia.

—Tengo muchos enemigos —me dijo—, hay mucha envidia en el mundo.

Me estuvo dando la lata durante un rato, hasta que le dije que había sido el Nini.

—Al Nini si lo veo le digo cuatro cosas —me dijo.

Luego empezó a burlarse de mí porque sacaba a pasear a la vieja y me molestó.

Fui de nuevo a buscar al Nini a la fábrica. Pero él la tenía tomada conmigo porque en casa de la vieja se habían quejado a Antonietta de que yo llegaba siempre tarde.

—No se puede contar contigo para nada —me dijo—, sigue así que llegarás lejos. Menos mal que no te han cogido en la fábrica.

Le dije que estaba harta de la vieja y que no quería volver.

—Aguanta al menos hasta fin de mes, que te paguen el sueldo. Y el dinero dáselo a tu madre porque los pequeños necesitarán zapatos.

—Me lo quedaré yo —dije.

—Muy bien, así se hace. Sigue pensando sólo en ti. Cómprate algún trapo que ponerte y diviértete. Lo que es a mí no me importa nada.

No quiso ir al río, y caminaba en dirección a su casa. Encontramos a Antonietta que estaba cerrando la tienda. Estaba muy enfadada y me dijo que si hubiera sabido cómo era no me habría recomendado. Cómo le había hecho quedar. A casa de la vieja llegaba tarde y me iba mucho antes de la hora, y cuando leía el periódico no paraba de reír y confundía a propósito las palabras. Me saludó apenas y se fue con el Nini. Mientras volvía a casa me sentía cansada y triste. Llevaba unos días sin sentirme muy bien, tenía como un malestar y no comía nada, incluso el olor de la comida me disgustaba. «¿Qué tengo? a lo mejor estoy embarazada, —pensé—. ¿Qué voy a hacer

ahora?». Me paré. El campo estaba silencioso en torno a mí y no veía ya la ciudad, no veía todavía nuestra casa y estaba sola en el camino vacío, con aquel susto en el corazón. Había chicas que iban a la escuela, iban al mar en verano, bailaban, bromeaban entre ellas sobre cosas sin importancia. ¿Por qué no era yo una de ellas? ¿Por qué no era así mi vida?

Cuando estuve en mi habitación encendí un cigarrillo. Pero aquel cigarrillo tenía un gusto malo. Me acordé de que tampoco Azalea podía fumar cuando iba a tener un hijo. Eso me pasaba ahora a mí. Sin duda estaba embarazada. Cuando mi padre lo supiera me mataría. «Mejor así —pensaba—, morir. Acabar para siempre».

Por la mañana me levanté más tranquila. Hacía sol. Fui a coger uva a la pérgola con los pequeños. Fui a pasear con Giulio por el pueblo. Había feria y él me compró un amuleto de la suerte para colgar al cuello. De vez en cuando me venía aquel miedo, pero lo alejaba de mí. No le dije nada. Me divertí viendo la feria, con la gente que gritaba, con los pollos dentro de las jaulas de madera, con los chicos que tocaban las trompetas. Recordé que el Nini se había enfadado conmigo y pensé que iría a buscarlo para volver a hacer las paces.

Era fiesta ese día y no tenía que ir donde la vieja. Tampoco el Nini iba a la fábrica. Lo encontré saliendo del café. Ya no estaba enfadado y me preguntó si tomaba algo. Respondí que no y fuimos al río.

—Hagamos las paces —le dije cuando estuvimos sentados.

—Hagamos pues las paces. Pero dentro de un rato tengo que ir con Antonietta.

—¿Y yo no puedo ir? ¿Antonietta sigue muy enfadada?

—Sí. Dice que en ningún momento le has agradecido lo que ha hecho por ti. Y además está celosa.

—¿Celosa de mí?

—Sí, de ti.

—Qué contenta estoy.

—Claro que estás contenta, mira que eres mal bicho. Te encanta hacer sufrir a la gente. Y ahora debería irme. Pero no tengo ganas. —Estaba tumbado en la hierba con los brazos doblados bajo la cabeza.

—¿Te gusta estar conmigo? ¿Conmigo más que con Antonietta?

—Mucho más —me dijo—, pero mucho mucho más.

—¿Por qué?

—No sé por qué, pero es así —me respondió.

—Y a mí también me gusta estar contigo. Contigo más que con todos los otros —dije.

—¿Conmigo más que con Giulio?

—Contigo más.

—Oh, ¿cómo es eso? —dijo, y se rió.

—Realmente no lo sé —dije. Me preguntaba si volvería a besarme. Pero pasaba mucha gente ese día. De repente vi a Giovanni y Antonietta que venían hacia nosotros.

—Estaba seguro de encontrarlos aquí —gritó Giovanni. Pero Antonietta me lanzó una mirada fría y no me dijo nada. El Nini se levantó con desgana y fuimos a pasear con ellos a la ciudad.

Por la tarde Giovanni me dijo:

—Tú sí que eres rara. Ahora te ha entrado la manía del Nini y estás siempre con el Nini, pegada al Nini, y se te ve siempre con él.

Era verdad que estaba siempre con el Nini. Lo iba a buscar todas las tardes a la fábrica. Me pasaba el día esperando el momento de estar con él. Me gustaba estar con él. Cuando estábamos juntos, me olvidaba de lo que me daba miedo. Me gustaba cuando hablaba, y me gustaba cuando estaba callado y se comía las uñas pensando en algo. Me preguntaba siempre si me besaría, pero no me besaba. Se sentaba un poco apartado despeinándose el mechón y alisándoselo, y decía:

—Ahora vete a casa.

Pero yo no tenía ganas de volver a casa. No me aburría nunca cuando estábamos juntos. Me gustaba que me hablara de los libros que leía sin parar. No entendía lo que decía, pero hacía como si entendiera y decía que sí con la cabeza.

—Apostaría a que no entiendes nada —decía y me daba un golpecito en la cara.

Una noche me sentí mal de repente mientras me desnudaba. Tuve que tumbarme en la cama y esperar a que se me pasase. Estaba empapada en sudor y sentía escalofríos. «También a Azalea le pasaba esto —recordé—. Se lo diré a Giulio mañana. Sea como sea debe saberlo —pensaba—. Pero entonces ¿qué haremos? ¿Qué hará él? ¿Es posible que esto sea verdad?». Pero sabía que sin duda era verdad. No conseguía dormir y me destapaba, me incorporaba y me sentaba en la cama con el corazón palpitante. ¿Qué diría el Nini cuando lo supiera? Una vez estuve a punto de decírselo pero me dio vergüenza.

Me encontré con Giulio en el pueblo por la mañana. Se quedó conmigo sólo un momento porque tenía que ir a cazar con su padre.

—Tienes mala cara —me dijo.

—Porque no he dormido —respondí.

—Espero conseguir una buena liebre —me dijo—. Me apetece mucho estirar las piernas por el bosque.

Miró las nubes que avanzaban flotando lentamente hacia la colina.

—Tiempo de liebres —dijo.

Ese día no fui a donde la vieja. Después de haber deambulado sola por la ciudad, subí a casa de Azalea. Pero había salido. Estaba Ottavia planchando en la cocina. Tenía puesto un delantal blanco y no estaba en zapatillas. Todo cambiaba en la casa cuando las cosas de Azalea marchaban bien. Hasta los niños parecían más gordos. Ottavia me dijo, mientras pasaba la plancha por un sujetador de Azalea, que ahora todo iba bien y Azalea estaba siempre contenta. El estudiante no era como el otro. No se olvidaba nunca de telefonear. Hacía siempre lo que quería Azalea y ni siquiera había ido a ver a sus padres, que estaban fuera, porque Azalea no se lo había permitido. Sólo había que preocuparse de que «el señor» no se diera cuenta de nada. Había que tener mucho cuidado. Me rogó que esperara a que Azalea volviera para decirle que tuviera cuidado.

Esperé durante un rato, pero Azalea no llegaba y me marché. Era la hora en la que el Nini salía de la fábrica. Pero yo me dirigí despacio hacia casa. Llovía. Llegué a casa mojada y me metí rápidamente en la cama, con la cara escondida bajo las sábanas. Le dije a mi madre que no me sentía bien y no quería comer.

—Te habrás enfriado —me dijo mi madre.

A la mañana siguiente vino a la habitación, me tocó la cara y dijo que no tenía fiebre. Y me dijo que me levantara y le echara una mano limpiando las escaleras.

—No puedo levantarme —respondí—, estoy mal.

—Ah, eso es —dijo—, ahora te pones a hacerte la enferma. La que se va a poner enferma soy yo, que no paro de la mañana a la noche y me mato a trabajar por vosotros. Si agarro el plato no consigo siquiera comer de lo cansada que estoy. Y tú te diviertes viéndome reventar.

—No puedo levantarme, te lo he dicho. Estoy mal.

—Pero ¿qué tienes? —me dijo mi madre apartando las sábanas para verme los ojos—. ¿No te habrá pasado algo?

—Estoy embarazada —le dije. El corazón me palpitaba con fuerza y por primera vez me di cuenta de que tenía miedo de lo que pudiera hacer mi madre. Pero ella no se sorprendió. Se sentó tranquila en la cama y me destapó hasta los pies.

—¿Estás completamente segura? —preguntó.

Dije que sí con la cabeza, y lloraba.

—No llores —dijo mi madre—, verás como todo se arregla. ¿Ese muchacho lo sabe?

Dije que no con la cabeza.

—Tenías que habérselo dicho, bruta. Pero ahora pondremos las cosas en su sitio. Voy a ir a hablar con esos sinvergüenzas. Les vamos a hacer oír nuestras razones. —Se cubrió la cabeza con el chal, y salió. Poco después volvió toda contenta, con la cara roja.

—Qué sinvergüenzas —me dijo—, pero está hecho. Sólo tenemos que esperar un tiempo. El muchacho tiene que hacer primero el examen. Así lo quieren ellos. Ahora hace falta que Attilio se esté tranquilo. Pero de eso me encargo yo. Tu madre se encarga. Tú quédate en la cama bien caliente —y me trajo una taza de café. Luego cogió el cubo y se fue a limpiar las escaleras, y la oía reírse sola. Pero al rato la tenía otra vez delante.

—A mí ese muchacho me gusta —dijo—, es la madre la que me cae mal. El padre enseguida ha estado de acuerdo, ha dicho que estaba dispuesto a responder por el hijo con tal de que no hubiera un escándalo, me ha preguntado si me apetecía una copita. Pero la madre ha organizado una buena. Se ha tirado encima del hijo como si quisiera matarlo. Chillaba como una loca. Pero yo no me he asustado. Le he dicho: «Mi chica tiene sólo diecisiete años, está el tribunal para defenderla». Se ha puesto blanca y se ha sentado, y estaba callada acariciándose las mangas. El hijo estaba allí con la cabeza baja y no me ha mirado ni una vez. El médico era el único que hablaba. Me ha pedido por favor que no arme escándalos, por su posición. Y caminaba de un lado a otro por la alfombra. Si tú vieses las alfombras que tienen. Si vieses qué casa. Es una buena casa. Tienen de todo ahí dentro.

Pero yo volví la cabeza como para dormir, para que se marchara.

Acabé durmiéndome de verdad y me desperté cuando llegó mi padre. Me puse a escuchar y oí que hablaba con mi madre en la habitación de ellos, luego de repente lo oí gritar. «Ahora viene y me mata», pensé. Pero no vino. El que vino fue Giovanni.

—Dice el Nini que por qué no fuiste a buscarle ayer y que te espera hoy —me dijo.

—Estoy en la cama ¿no ves? —le respondí—, estoy mal.

—Tendrás la escarlatina —me dijo—, todo el mundo tiene la escarlatina. Los hijos de Azalea la han cogido. Ahora se te pondrá la cara como una fresa también a ti.

—No tengo la escarlatina —le dije—, lo que tengo es otra cosa.

Pero no hizo preguntas. Miró por la ventana y dijo:

—¿Adónde va ése?

Me asomé yo también y vi a mi padre caminar hacia el pueblo.

—¿Adónde va? Ni siquiera ha comido —dijo Giovanni.

Por la tarde vino Azalea. Entró en la habitación con mi madre.

—Ya sabes que en mayo tendremos un hermoso niño —le dijo mi madre.

No respondió y se sentó airada, quitándose la piel de zorro de los hombros.

—Mamá habla mucho —me dijo cuando nos quedamos solas—, no es nada seguro que te cases. Papá ha ido allí y se han puesto como locos, por poco no se han matado a golpes. Ellos han ofrecido dinero para que papá esté callado y tú te vayas a tener tu niño a alguna otra parte, y lo de la boda ya se verá, ya se verá, decían. Papá se ha puesto a gritar que le habían deshonrado, y que él iba al tribunal si Giulio no prometía casarse contigo. Cuando lo he visto llegar estaba hecho un trapo. Ya te había dicho yo que esto acababa así. Ahora tendrás que estar encerrada en casa, porque en el pueblo ya han empezado a hablar. No saben nada pero se huelen que hay algo. Que lo disfrutes.

Por la tarde vino de nuevo Giovanni. Ahora lo sabía también él y me miró con una expresión maliciosa.

—El Nini no sabe todavía lo tuyo.

—No quiero que se lo digas —le dije.

—Quédate tranquila que no se lo digo —me dijo—, a ver si crees que me divierto contando tus hazañas. Te has metido en un buen lío. Quién sabe si se casa contigo. De momento se ha marchado y no se sabe dónde está. Dicen que ya estaba prometido. Lo que es yo, no me preocupo del asunto. Vete al diablo tú con tu niño.

Me incorporé y le lancé un vaso que había en la mesilla. Se puso a gritar y quería pegarme, pero vino mi madre, lo agarró por la chaqueta y lo arrastró fuera.

Mi madre no quería que bajase a la cocina o a las habitaciones de abajo por miedo de que me encontrase con mi padre. Supe por Giovanni que mi padre había jurado que si llegaba a verme, no volvería más a casa. Pero yo no tenía ganas de moverme de mi cama. Por la mañana me ponía el vestido para no tener frío, me ponía las medias y volvía a tenderme en la cama con la manta encima. Estaba mal. Cada día que pasaba era peor. Mi madre me traía la comida en una bandeja, pero yo no comía. Una noche Giovanni me lanzó una novela.

—Te la manda el Nini —me dijo—, te ha esperado tres horas delante de la fábrica. Hace muchos días que te espera, dice. «Está mal», le he contestado.

Intenté leer la novela pero acabé dejándola. Era de dos que mataban a una chica y

la encerraban en un baúl. La dejé porque me daba miedo y porque no estaba acostumbrada a leer. Cuando había leído un poco me había olvidado de lo que decía antes. Yo no era como el Nini. No necesitaba leer para pasar el tiempo. Me había hecho traer el gramófono a la habitación y escuchaba la voz clueca repetir:

Manos de terciopelóo
Manos perfumadáas

¿Era un hombre o una mujer quien cantaba? No se distinguía bien. Pero me había acostumbrado a aquella voz y me gustaba oírla. No habría querido otra canción. Ahora no quería ya cosas nuevas. Me ponía todas las mañanas el mismo vestido, un vestido viejo, estropeado, con remiendos por todas partes. Pero ahora los vestidos ya no me interesaban.

Cuando me encontré frente al Nini la mañana del domingo, mientras mi madre estaba en la iglesia, me sentí disgustada de que hubiera venido. Las flores empapadas por la lluvia que tenía en la mano, su cabeza mojada por la lluvia, su cara excitada y sonriente, yo las miré como algo estúpido, que no conocía.

—Cierra la puerta —le dije con rabia.

—Te he asustado, ¿dormías? Toma estas flores —dijo sentándose junto a mí—. ¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes? Se te ha puesto una cara tan rara.

—Estoy mal —dije. Me di cuenta de que todavía no sabía nada.

—Se te ha quedado la cara flaca, fea —me dijo—. Haces mal estando encerrada aquí en la habitación. Deberías salir a pasear un poco. Te espero siempre delante de la fábrica. Pienso: quizá hoy esté bien y venga. ¿Vendrás otra vez a buscarme cuando estés curada?

—No sé.

—¿Cómo que no sé? ¡Vaya tono! Se te ha estropeado el carácter. Dime si vendrás o no vendrás más.

—No me dejan salir de casa —respondí.

—¿Cómo que no te dejan salir?

—Porque no quieren que vaya con Giulio. Y tampoco contigo. No quieren que vaya con chicos.

—Bien —me dijo—, bien.

Se puso a andar por la habitación.

—Me cuentas un montón de mentiras —dijo de repente—, tiene que ser la manera de mandarme a tomar viento que has encontrado. ¡Cómo te gusta verme sufrir! ¡Cómo te gusta! Ya no puedo trabajar, no puedo hacer nada. No hago otra cosa en todo el día que pensar en ti. Es esto lo que querías, ¿verdad? que yo me envenenase la vida. —Me miró con ojos brillantes, aviesos—. Lo has conseguido —me dijo.

—No tengo ningún interés en hacerte sufrir —le dije. Me incorporé para sentarme en la cama—. Puede ser que en algún momento me gustase como dices tú. Pero ahora qué quieres que me importe. Tengo otras cosas en que pensar ahora. Voy a tener un hijo.

—¿Es eso? —dijo, y no me pareció asombrado. Pero era como si se le hubiera apagado la voz. Me puso la mano en el hombro—. ¡Oh, pobre chica!, ¡pobre chica! —dijo—. ¿Qué vas a hacer?

—No sé —respondí.

—¿Se casará contigo?

—No lo sé. No sé nada. Pero han hablado con él. Puede que se case conmigo después de terminar los estudios.

—¿Sabes que te quiero? —me dijo.

—Sí —dije.

—Quizá tú también habrías llegado a quererme poco a poco —me dijo—. Pero no sirve de nada que hablemos ahora de eso. Hablar de ello hace todavía más daño. Se acabó. Mira, yo estoy aquí junto a ti, pero no encuentro ya nada que decirte. Me gustaría hacer algo por ti, para ayudarte, pero al mismo tiempo tengo como ganas de marcharme y de que nadie me hable más de ti.

—Vete entonces —le dije. Y me puse a llorar.

—Qué contento estaba —dijo—, yo me decía que también tú te enamorarías poco a poco. A veces pensaba eso, pero otras veces me entraba miedo de quererte demasiado. Decía: no me querrá nunca, sólo le gusta ver cómo sufre la gente. Pero qué tontos hemos sido los dos.

Nos quedamos un rato en silencio. Las lágrimas me corrían por la cara.

—Quizá se case conmigo cuando haya terminado de estudiar —le dije.

—Sí, quizá se case contigo. Además tú no estás hecha para mí. Me harías sufrir demasiado. Somos tan distintos nosotros dos.

Se marchó. Oí sus pasos en la escalera, lo oí hablar con mi madre en el huerto. Mi madre entró en la habitación para decirme que en la iglesia había visto a la familia del médico, pero Giulio no estaba. El médico se le había acercado y le había dicho que a Giulio lo había mandado por un tiempo a la ciudad. Y luego le había preguntado si podía venir a hablar.

—Está hecho —me dijo mi madre.

El médico vino ese mismo día, y él y mi madre se encerraron en el comedor a discutir durante casi dos horas. Mi madre subió después y me dijo que podía estar contenta, porque todos estaban de acuerdo y nos casaríamos en febrero. Antes no se podía porque Giulio tenía que estudiar tranquilo, sin emociones, y hasta el día de la boda no nos volveríamos a ver. Es más, el médico quería que yo dejase enseguida el pueblo para evitar las habladurías. Mi madre había pensado mandarme a casa de una tía mía, que vivía en un pueblo más arriba, no muy alejado del nuestro. Mi madre tenía miedo de que yo me negase a ir. Por eso se puso a hablar con mucho entusiasmo de aquella tía mía, como si no se acordara de que estaban peleadas desde hacía años por unos muebles. Me habló del huerto que tenía la tía delante de la casa, un hermoso huerto donde podría pasear todo lo que quisiera.

—Me da pena verte siempre encerrada aquí dentro como en una cárcel. Pero la gente es muy mala.

Después vino Azalea. Ella y mi madre se pusieron a discutir sobre el día en que tenía que irme, y mi madre quería que Azalea dijese a su marido que pidiera prestado el coche de su empresa, pero Azalea no quería saber nada del asunto.

Al pueblo de mi tía fui en un carro. Me acompañó mi madre. Tomamos un camino a través del campo para que no me viese nadie. Yo llevaba un abrigo de Azalea, porque mi ropa ya no me quedaba bien y me apretaba en la cintura. Llegamos por la tarde. La tía era una mujer muy gorda, con ojos negros saltones, con un delantal de algodón azul y las tijeras colgadas del cuello, porque era modista. Empezó a reñir con mi madre por la cantidad que tenía que pagarle durante el tiempo que iba a estar con ella. Mi prima Santa me trajo de comer, encendió el fuego en la chimenea y sentándose junto a mí me contó que también ella esperaba casarse pronto, «pero yo no tengo prisa», dijo riéndose fuerte y largamente. Su novio era el hijo del alcalde del pueblo y estaban prometidos desde hacía ocho años. El ahora estaba en el ejército y le mandaba postales.

La casa de la tía era grande, con altas habitaciones vacías y heladas. Había por todas partes sacos de maíz y de castañas, y de los techos colgaban cebollas. La tía había tenido nueve hijos, pero unos habían muerto y otros se habían marchado. En casa estaba sólo Santa, que era la menor y tenía veinticuatro años. La tía no la podía soportar y se pasaba el día gritándole. Si no se había casado todavía era porque la tía, con un pretexto o con otro, le impedía hacerse el ajuar. Le gustaba tenerla en casa y atormentarla sin darle nunca descanso. Santa tenía miedo a su madre, pero cada vez que hablaba de casarse y dejarla sola lloraba. Se quedó maravillada de que yo no llorase cuando mi madre se marchó. Ella lloraba cada vez que su madre iba por algún asunto a la ciudad, aunque supiese que antes del anochecer habría vuelto. En la ciudad Santa no había estado más de dos o tres veces. Me decía que se encontraba mejor en el pueblo. Y eso que su pueblo era peor que el nuestro. Había tufo a estercolero, niños sucios en las escaleras y nada más. En las casas no había luz y el agua había que cogerla en el pozo. Le escribí a mi madre que en casa de la tía no quería seguir y que viniese a recogerme. No le gustaba escribir y por eso no respondió por carta, pero se encargó de decirme por medio de un hombre que vendía carbón que tuviera paciencia y me quedara donde estaba, porque no había más remedio.

Así que me quedé. No me casaría hasta febrero y era sólo noviembre. Desde que le había dicho a mi madre que iba a tener un hijo, mi vida se había vuelto muy extraña. Desde entonces me había tenido que esconder siempre, como algo vergonzoso que nadie puede ver. Pensaba en mi vida de antes, en la ciudad a la que iba cada día, en el camino que me llevaba a la ciudad y que había recorrido en todas las estaciones, durante tantos años. Recordaba bien ese camino, los rimeros de piedras, los setos, el río que se descubría de repente y el puente lleno de gente que llevaba a la plaza de la ciudad. En la ciudad se compraban almendras saladas, helados, se miraban los escaparates, estaba el Nini que salía de la fábrica, estaba Antonietta que reñía al dependiente, estaba Azalea que esperaba a su amante y tal vez

iba al Lune con él. Pero yo estaba lejos de la ciudad, del Lune, del Nini y pensaba con extrañeza en estas cosas. Pensaba en Giulio que estudiaba en la ciudad, sin escribirme y sin venir a verme, como si no se acordase de mí y no supiese que tenía que casarse conmigo. Pensaba en que no lo había vuelto a ver desde que había sabido que íbamos a tener un hijo. ¿Qué decía? ¿Estaba contento o no estaba contento de que tuviéramos que casarnos?

Pasaba los días sentada en la cocina de la tía, siempre con los mismos pensamientos, con las tenazas para el fuego en la mano, con la gata en las rodillas para sentir más calor, y con un chal de lana en los hombros. Venían de vez en cuando mujeres a probarse vestidos. La tía, de rodillas, con la boca llena de alfileres, discutía por la forma del cuello y por las mangas y decía que cuando aún vivía la condesa, tenía que ir todos los días a la villa a trabajar para ella. La condesa había muerto hacía tiempo y la villa había sido vendida, y la tía lloraba siempre cuando hablaba de ello.

—Daba gusto sentir entre los dedos aquellas sedas, aquellos encajes —decía la tía —. La pobre condesa me quería mucho. Decía: «Elide mía, mientras esté yo, no te faltará nunca nada».

Pero había muerto en la miseria, porque los hijos y el marido se lo habían comido todo.

Las mujeres me miraban con curiosidad y la tía contaba que me había acogido por compasión, porque mis padres me habían echado de casa por aquella desgracia que me había ocurrido. Había alguna que quería sermonearme, pero la tía cortaba rápido y decía:

—Ahora lo que ha pasado ha pasado, y luego ya se verá. A veces uno cree equivocarse, y luego en cambio se encuentra con que hizo bien. Viéndola así parece una tonta, pero es lista, porque ha pescado a uno rico e instruido que acabará por casarse con ella. La que es tonta en cambio es mi hija, que tiene amores desde hace ocho años y no consigue casarse. Dice que la culpa es mía que no le doy el ajuar. Que se lo hagan ellos el ajuar, que están mejor que yo.

—Un día de estos te llego embarazada, así te quedas contenta —le gritaba mi prima.

—Prueba a hacerlo y ya verás —le decía la tía—, te arranco todos los dientes de la boca si lo vuelves a decir. No, en mi casa estas cosas no se han visto nunca. De nueve hijos cinco son mujeres, pero de su seriedad ninguno ha podido decir nunca nada, porque las he vigilado bien desde pequeñas. Repite otra vez lo que has dicho, bruja —decía a Santa. Santa rompía a reír y las mujeres reían con ella, también reía la tía y ya no paraban durante un rato.

La tía era la hermana de mi padre. Aunque no había estado en nuestro pueblo desde hacía muchos años, y yo no la había visto prácticamente nunca antes de

entonces, conocía la vida de todos y hablaba de todos como sí los hubiera tenido siempre cerca. La tenía tomada con Azalea, porque decía que era demasiado orgullosa.

—Se cree quién sabe qué porque en invierno lleva abrigo de piel —decía—. La condesa tenía tres abrigos de piel y al entrar los tiraba a los brazos del criado como si fueran un trapo. Sin embargo yo sé qué precio tenían. Conozco bien las pieles. La de Azalea es conejo. Apesta a conejo a un kilómetro de distancia.

—Ese Nini es un tipo curioso —decía algunas veces—, es tan sobrino mío como tú, pero nunca he tenido ocasión de conocerle un poco. Un día que lo encontré en la ciudad, me saludó y se largó. Sin embargo de niño lo llevaba en brazos, y le ponía petachos en los pantalones porque andaba hecho un andrajoso. Me han dicho que vive con una mujer.

—Trabaja en la fábrica —le decía yo.

—Menos mal que hay uno que trabaja. Mis hijos trabajan todos, pero en vuestra casa nadie hace nada. Os habéis criado como la mala hierba, da pena pensarlo. Tú desde que estás aquí no te has hecho la cama ni una sola vez. Te pasas el día sentada con los pies en el banqueta.

—Estoy mal —le decía—, estoy demasiado mal, no puedo hacer esfuerzos.

—Mirándola se ve cómo sufre —decía Santa—, está verde como un limón, y tuerce el gesto continuamente. No todo el mundo es fuerte como nosotras. Porque nosotras estamos entre campesinos, y en cambio ella ha crecido más cerca de la ciudad.

—Di mejor que siempre estaba en la ciudad. No hacía otra cosa que escapar a la ciudad desde que era pequeña, y así es como ha perdido la vergüenza. Una muchacha no debería poner los pies en la ciudad cuando no la acompaña su madre. Di que su madre está también medio loca. Su madre cuando era una muchacha tampoco se hacía respetar.

—Pero Delia si se casa estará mejor que nadie —decía Santa—, y se volverá orgullosa como le ha pasado a Azalea.

—Es verdad. El día que se case, ya no le va a faltar nada. Ahora hay que ver si se casa. Puede ser que le vaya bien, pero quién sabe. Esperemos.

—Cuando estés casada iré a servirte de doncella —decía Santa cuando la tía se había ido—, si no me caso yo también. Si me caso tendré que ir al campo, con el pañuelo en la cabeza y zuecos en los pies, sentada en un burro, y sudar de un lado a otro todo el día. Porque mi novio es labrador y tienen tierra hasta más abajo del pueblo, sin contar la viña, y tienen vacas y cerdos. Tampoco a mí me faltará nada.

—Qué alegría. Me pongo mala sólo de pensarlo —decía yo.

—Oh, tú te pones mala por poca cosa —decía Santa ofendida, cortando la col para la sopa—. A Vincenzo lo quiero y me casaría con él aunque fuera pobre y

harapiento y me tocase compartir su miseria. Tú en cambio no estás a tiempo de pensar si quieres a ése o a otro, porque de todas formas tienes que casarte con él en el estado en que estás. Y todavía tienes que darle las gracias si se casa contigo. A mí no me importa nada trabajar, si tengo cerca a quien me quiere.

Se cenaba con el plato en el regazo, sin alejarse del fuego. Yo no terminaba nunca la sopa. La tía se echaba en su plato lo que yo había dejado.

—Si sigues así te va a salir un ratón —decía.

—Es esta oscuridad que da miedo. Me quita las ganas de comer. Cuando es de noche esto parece una tumba.

—Ah, para comer se necesita electricidad. Eso no lo había oído todavía. Se necesita electricidad.

Después de la cena, Santa y la tía se quedaban levantadas durante un rato y hacían punto. Se hacían las camisetas interiores. A mí me entraba el sueño, pero me quedaba porque tenía miedo de subir las escaleras sola. Dormíamos las tres en una cama, en la habitación que estaba bajo el desván. Por la mañana era la última en levantarme. La tía bajaba a echar la comida a las gallinas, Santa se peinaba hablándome de su novio. Yo dormía y escuchaba a medias, y le decía que me limpiase los zapatos. Los limpiaba vigilando que no entrase la tía, porque la tía no quería que me sirvieran. Mientras tanto seguía contándome todas sus historias. Decía: —Me llamo Santa, pero no soy santa. —Decía que no era santa porque su novio la abrazaba cuando venía de permiso y salían juntos.

Paseaba a veces por el huerto, porque la tía decía que una mujer en estado no debe estar siempre sentada. Me empujaba fuera de la casa. El huerto estaba rodeado por un muro y se salía al pueblo por una puerta de madera. Pero yo no abría nunca esa puerta. El pueblo lo podía ver desde la ventana de nuestra habitación y no tenía nada que atrajese. Caminaba de la puerta a la casa, de la casa a la puerta. En un lado estaban los palos de los tomates, en el otro estaban plantadas las coles. Tenía que tener cuidado de no pisar nada. —Cuidado con las coles —gritaba la tía sacando la cabeza por la ventana. El huerto estaba lleno de nieve y se me helaban los pies. ¿Qué día era? ¿Qué mes era? ¿Qué hacían en casa? ¿Y Giulio estaba todavía en la ciudad? Ya no sabía nada. Sabía sólo que mi cuerpo crecía y crecía, y la tía me había ensanchado el vestido dos veces. Cuanto más ancho y redondo se hacía mi cuerpo, más pequeña, fea y estirada se volvía mi cara. Me solía mirar en el espejo de la cómoda. Era extraño ver la cara que se me había quedado. «Es mejor que no me vea nadie», pensaba. Pero me deprimía que Giulio no me hubiera escrito, que no hubiera venido nunca a verme.

La que vino una vez fue Azalea. Apareció una tarde. Llevaba el famoso abrigo de piel y un sombrero extrañísimo con tres plumas plantadas delante. En la cocina estaba Santa con unas niñas que aprendían a hacer ganchillo. Azalea no miró a nadie a la cara y enfiló las escaleras, y me dijo que quería hablarme a solas. Abrió la primera puerta que tenía delante y encontramos a la tía, que se había acostado para dormir, sin el vestido y con la combinación negra, con su trenza gris sobre los hombros. Cuando reconoció a Azalea la tía se levantó toda asustada y nerviosa, y empezó a hacerle mil cumplidos, como si no se acordara de todo lo que decía de ella. Quería bajar a hacerle un café. Pero Azalea respondió muy seca que no quería, y que quería estar un momento a solas conmigo, porque tenía que marcharse enseguida. Así que la tía se fue y nos quedamos solas, y ella empezó a preguntarme si me sentía muy mal.

—Ya estás gorda —me dijo—, me imagino que el día que te lleven a la iglesia estarás como un balón.

Y me dijo que el padre de Giulio había ido otra vez a ofrecer dinero, a condición de que no se hablase más de matrimonio. En casa se había organizado una de miedo, y él se había marchado espantado, asegurando que le habían entendido mal y que, todo lo contrario, estaba muy contento. Luego me dijo que aun después de casarme me quedaría en casa de la tía por un tiempo, hasta que hubiera dado a luz, para que en el pueblo no hubiera tantas habladurías. Y dijo que la madre de Giulio era una vieja avara, que no daba de comer a la criada y contaba todos los días las sábanas por miedo a que se las robaran, y si después tenía que vivir con ella no era cosa de envidiarme.

—Pero Giulio dijo que viviríamos solos en la ciudad.

—Esperemos que viváis solos, porque si tienes que instalarte con ella te hará la vida difícil.

—Dile a Giovanni que me venga a ver —le dije.

—Se lo diré, pero quién sabe si vendrá. Anda ocupado con una mujer.

—¿Antonietta?

—No sé quién es. Es una rubia que estaba antes con el Nini. Pasean abrazados por la avenida. Pero es tirando a vieja y no vale mucho.

—Dile también al Nini que me venga a ver. Me aburro.

—Al Nini no lo veo hace tiempo. Se lo diré también a él si me lo encuentro. Yo volveré alguna otra vez, pero ya sabes, no tengo mucho tiempo. Aquél no me deja un minuto. Viene siempre a silbar bajo las ventanas, y me hace señas: es un escándalo.

—¿Sigues con el estudiante?

—¿Qué crees, que tengo uno cada mes? —respondió ofendida, atándose los guantes—. Adiós —me dijo—, me voy —y me abrazó. Me quedé sorprendida y también yo la besé en la cara fría y empolvada—. Adiós —repitió en la escalera. La vi caminar tiesa por el huerto, seguida de la tía.

La tía me vino a llamar para que probase una especie de buñuelos que hacía. Estaba aún toda azorada por la visita de Azalea. Me dijo que le había preguntado si tenía zapatos viejos, para Santa y para ella. Azalea le había prometido llevárselos en otra ocasión. Los buñuelos estaban grasientos y me hicieron vomitar. La visita de Azalea me había puesto triste. Estaba arrepentida de haberle pedido que le dijese al Nini que viniera. ¿Qué impresión le iba a hacer si venía de verdad? Yo ya no me reconocía cuando me miraba al espejo. Ya no parecía siquiera la misma. Qué ágil corría antes por las escaleras. Ahora mis pasos se habían vuelto pesados, los sentía resonar por toda la casa.

A Giovanni lo vi aparecer unos días después. Llegó arriba en motocicleta. Un amigo se la había prestado. Nada más bajar me enseñó el reloj que tenía. Y dijo que lo había comprado con el dinero que había ganado como comisión.

—¿Qué es una comisión? —le pregunté.

Me explicó que había recibido de cierta persona el encargo de venderle una camioneta. Así que sin cansarse se había encontrado con doscientas liras en el bolsillo.

—Es de idiotas partirse la espalda en la fábrica ocho horas al día como hace el Nini. El dinero viene al bolsillo por sí mismo. Basta saber moverse. El Nini mientras tanto está siempre muerto de cansancio y los domingos se encierra a dormir. También porque se ha puesto a beber más que antes.

—¿Lo ves a menudo? —le pregunté.

—Poco. Ahora ha cambiado de casa —dijo.

—¿Ya no vive con Antonietta?

—No.

Yo quería hacerle más preguntas sobre el Nini, pero él empezó a hablar otra vez de aquel dinero, de la camioneta que había vendido y de otra comisión por no sé qué herramientas que le iban a dar dentro de poco. Se sentó en la cocina con Santa y la ayudó a pelar castañas, y mientras tanto continuaba dándose importancia y contando lo de la comisión y que había pensado comprarse una motocicleta cuando tuviera dinero suficiente. Santa salió para ir a la iglesia y nos quedamos solos junto al fuego.

—¿Te encuentras bien aquí? —me preguntó.

—Me aburro —dije.

—Giulio está en la ciudad. Nos lo encontramos Antonietta y yo en el café. Se sentó con nosotros y nos pagó una bebida. Dijo que se mata a estudiar y no tiene tiempo de escribirte.

—¿Estaba también el Nini? —le pregunté.

—No estaba, porque él y Antonietta ahora están como el perro y el gato. Antonietta dice que el Nini se portó con ella como un villano y se marchó de casa una mañana gritando como un poseso. Ahora vive solo en una habitación donde tiene

amontonados sus libros y cuando sale de la fábrica se mete ahí dentro y empieza a leer y a beber. Si llego yo, esconde la botella. No se compra siquiera de comer y tiene una costra de suciedad que da miedo. Antonietta me dio unos libros que había dejado en su casa para que se los llevara. «A Antonietta te la regalo —me dijo—, ocupa mi lugar y ve a vivir con ella que estarás mejor que en tu casa; cocina bien Antonietta y el asado lo hace delicioso».

—¿Y entonces irás?

—No soy tonto —me dijo, si voy termino por tener que casarme con ella. Estoy con ella mientras me apetece y luego la planto como ha hecho el Nini. Antes que nada cuando todavía no se ha pintado se notan los años que tiene. Y además tiene un continuo quejarse que aburre oírla.

Se quedó a cenar y asustó a Santa con la historia de un fantasma que se aparecía de noche en el camino. Salí con él al huerto.

—Adiós —dijo montándose en el sillín—, anímate. Cuando ya no tengas esa sandía delante, te llevaré con Antonietta al cine. Se ven cosas buenas en el cine. Voy a menudo porque Antonietta conoce al dueño y nos dejan entrar con descuento.

Partió con gran estrépito, echando humo por detrás.

La tía y Santa seguían hablando del fantasma, hablaron de él toda la noche y hablaron también de una monja que aparecía siempre en la fuente y que Santa había visto una vez, hasta que me entró miedo también a mí. En la cama no podía dormirme y no dejaba de pensar en la monja, y desperté a Santa tirándole de un brazo, pero se dio la vuelta mascullando algo. Me levanté y fui a la ventana descalza, y pensaba en el Nini que bebía en su cuarto con el mechón enmarañado y apartaba rápidamente la botella cuando entraba Giovanni. Me entraron ganas de hablar con el Nini y de decirle que tenía miedo de la monja y de los fantasmas, y oírlo reír y burlarse de mí como hacía antes. ¿Pero era todavía capaz de reír? Quizá ya no reía y estaba como enloquecido por la bebida. Entonces me entraron ganas de llorar, y empecé a llorar y a gritar de pie en la habitación en camisón con las manos en la cara. La tía se despertó y saltó de la cama, encendió la vela y me preguntó qué me había pasado. Le dije que tenía miedo. Me dijo que no fuera tonta y que volviera a meterme en la cama a dormir.

Vino de permiso el novio de Santa, un chico alto con la cara terrosa, que se avergonzaba al hablar. Santa me preguntó si me gustaba su novio.

—No —le respondí.

—A lo mejor a ti te gustan sólo con bigote —me dijo.

—No —dije—, hay también quien no tiene bigote y me gusta. —Y pensé en el Nini y de nuevo me entraron ganas de estar con él, lejos de Santa y de la tía, tumbada a la orilla del río con el vestido celeste que tenía en verano. Me hubiera gustado saber si todavía me quería tanto. Pero ahora estaba tan fea y grotesca que me habría dado

vergüenza que él me viera. Sentía vergüenza incluso ante el novio de Santa.

Santa estaba enfadada conmigo porque le había dicho que no me gustaba su novio. Estuvo sin hablarme durante varios días, hasta que tuve que llamarla y pedirle perdón una vez que necesitaba que me ayudase a lavarme el pelo. Puso a calentar el agua y me la vino a traer, y me besó y se emocionó, y me dijo que cuando yo me marchara no sabría acostumbrarse a estar sin mí. Y quiso que le prometiera que le escribiría alguna vez.

Hacía un poco de sol y me senté en el huerto para que se me secara el pelo, con una toalla sobre los hombros. De repente vi abrirse la puerta y entró el Nini.

—Qué tal —dijo. Seguía igual que siempre con el impermeable y el sombrero torcido, y la bufanda echada alrededor del cuello, pero tenía un aire distraído y antipático y yo no encontraba nada que decirle. Y además me disgustaba demasiado que viese cómo me había puesto. Me dijo que saliéramos del huerto y paseáramos fuera porque no le apetecía tener que hablar con la tía. Me quité la toalla y lo seguí afuera, y caminamos un trecho por las viñas desnudas, sobre la nieve dura y helada.

—Qué tal —le dije.

—Mal —me respondió—. ¿En febrero te casas?

—Sí, en febrero.

—¿Giulio viene a menudo aquí?

—No. No ha venido nunca.

—¿Y a ti te molesta que no venga?

Yo no respondía y se paró delante de mí, mirándome fijamente a los ojos.

—Lo cierto es que no te molesta. No te importa nada tampoco él. Eso debería alegrarme. Y en cambio me hace todavía más daño. Pensándolo es una historia realmente estúpida. No valdría la pena atormentarse más.

Se volvió a parar esperando que dijese algo.

—¿Sabes que ahora estoy solo?

—Sí, lo sé.

—Me encuentro bien solo. Paso días enteros sin dirigir la palabra a nadie. Salgo de la fábrica y voy deprisa a mi habitación, donde tengo mis libros y nadie que venga a fastidiar.

—¿Tienes una buena habitación? —le pregunté.

—Qué va.

Resbalé y me sujetó por el brazo.

—A lo mejor te interesa saber si todavía estoy enamorado de ti. Pues no, creo que ya no estoy enamorado.

—Me alegro —dije. Pero no era verdad, al contrario, me sentía tan triste que me costaba trabajo no llorar.

—Cuando fui a verte la última vez, que me habían dicho que estabas enferma, quería preguntarte si te querías casar conmigo. No sé cómo se me había ocurrido esa

idea absurda. Sin duda hubieras respondido que no, te hubieras reído o te hubieras enfadado, pero yo no habría sufrido tanto. Lo que me ha hecho sufrir ha sido saber que tendrás un niño, que tú con esta cara, con este pelo, con esta voz, tendrás un niño y tal vez lo querrás, tal vez te irás haciendo poco a poco distinta, y yo ¿qué seré para ti? Mi vida no cambiará y yo seguiré yendo a la fábrica, bañándome en el río en verano, leyendo mis libros. Antes estaba siempre contento, me gustaba mirar a las mujeres, me gustaba dar vueltas por la ciudad y comprar libros, y tenía también muchas cosas en la cabeza y me parecía que era inteligente. Me hubiera gustado que tuviéramos un niño juntos. Pero ni siquiera te dije nunca que te quería. Tenía miedo de ti. Qué historia tan estúpida ha sido. Es inútil llorar —dijo viéndome lágrimas en los ojos—. No llores. Me da rabia verte llorar. Sé que te da igual. Ahora lloras, pero en realidad ¿qué más te da?

—Tampoco a ti te importo yo ahora —le dije.

—No —me respondió. Empezaba a oscurecer. Me acompañó hasta la puerta.

—Adiós —me dijo—, ¿por qué me has mandado decir que viniera aquí?

—Porque quería verte.

—¿Querías ver cómo me había venido abajo? Me he hundido del todo —me dijo — no hago más que beber.

—Pero siempre has bebido.

—No como ahora. Adiós. No te he dicho la verdad. Te he dicho que no te quería. No es verdad, todavía te quiero.

—¿Aunque ahora esté tan fea? —le pregunté.

—Sí —dijo, y se rió—. Aunque te has puesto fea de verdad. Adiós. Me voy.

—Adiós —le dije.

Encontré a Santa llorando en la cocina, porque Vincenzo le había dicho al marcharse que su familia no les dejaba que se casaran. Querían una chica con dinero. Él había prometido casarse con ella de todas formas, pero la tía decía que sin duda no se decidiría. La tía me preguntó dónde había estado. Le dije que había salido a pasear con el Nini.

—Ah, el Nini. Ya podía venir a saludarme. He visto morir a su madre.

Santa no quiso cenar.

—Eres bien tonta —le dijo la tía—, ¿a qué vienen estas prisas por casarse? Aquí en casa tienes todo lo necesario. Cuando una mujer se casa empiezan los problemas. Están los hijos que gritan, está el marido al que hay que atender, están los suegros que hacen la vida difícil. Si te hubieras quedado con Vincenzo te habría tocado ir al campo a primera hora de la mañana, y arar y segar, porque ésos son labradores. Ibas a ver qué gusto. Una muchacha no conoce la vida. ¿Qué hay mejor para ti que estarte en casa con tu madre?

—Sí, ¿pero luego? —respondió Santa sollozando.

—¿Luego?, ¿luego, quieres decir cuando esté muerta? ¿Tanta prisa tienes por verme morir? Aguantaré noventa años para fastidiarte —gritó la tía, sacudiéndole el rosario en la cabeza.

—Lo de tu prima es diferente —continuó un poco después, mientras Santa se secaba los ojos. A ella le ha ocurrido una desgracia. ¿No me habrás gastado una broma pesada también tú?

—No no, lo juro.

—Eso espero. En mi casa estas cosas no se han visto nunca. Pero a veces el mal ejemplo cunde, como sucede con la fruta podrida. A Delia, si hubiera sido mi hija, esta noche le habría dado dos bofetadas. No se va de paseo con un muchacho en el estado en que estás —me dijo—, como hoy con el Nini. No importa si habéis crecido juntos. No puede saberlo todo el mundo.

No le respondí y me puse a consolar a Santa, y le dije:

—No te desesperes que una vez casada te busco un marido también a ti.

—Venga, venga —me dijo la tía—, tampoco tu puedes cantar victoria. Me han dicho que tu novio no tiene ninguna intención de casarse contigo y anda siempre con una chica. Me lo han dicho varios, y lo creo. Además cómo es que nunca viene a verte, han venido todos, hasta ese loco del Nini, y él precisamente por qué no ha venido.

—Es que tiene que estudiar —le dije.

—No sé. Yo repito lo que he oído. Se le ve con una chica, eso me han dicho. Tú, paloma, estás aquí esperando a que venga a casarse contigo, y lo que es él no se acuerda siquiera de quién eres.

—No es verdad —le dije.

—Por qué no vas a preguntárselo a él si es verdad. Plántale cara y dile que se tiene que casar contigo ahora que te ha arruinado la vida, si no armas un escándalo. A los hombres hay que meterles miedo. Verás qué bien cuando tengas un hijo en brazos y debas ganarte la vida. Porque tu padre en casa ya no te mete, te lo aseguro yo.

Se marchó y me quedé sola con Santa. Santa me dijo:

—Qué desgraciadas somos las dos —y quería tenerme abrazada y que llorásemos juntas, pero a mí no me apetecía tenerla cerca. Subí corriendo a la habitación y me encerré con llave. No lloraba y miraba en silencio la oscuridad, y pensaba que él tenía razón en no querer casarse conmigo. Porque ahora me había puesto fea y lo había dicho hasta el Nini, y además yo no le quería, él no me importaba nada. «Para mi sería mejor morir —pensaba—, he sido demasiado estúpida y desgraciada. Ahora ya no sé que querría». Pero quizá lo único que quería era volver a ser la de antes, ponerme mi vestido celeste y salir corriendo cada día a la ciudad, y buscar al Nini y ver si estaba enamorado de mí, e ir también con Giulio al pinar pero sin tener que casarnos. Sin embargo todo eso había terminado y ya no podía volver a ser. Y cuando

mi vida era así no paraba de pensar que me aburría y de esperar algo diferente, y deseaba que Giulio se casase conmigo para marcharme de casa. Ahora ya no quería casarme con él y recordaba cómo muchas veces me había aburrido mientras me hablaba, y cómo muchas veces me había hecho rabiar. «Pero es inútil —pensaba—, es inútil y nos tenemos que casar, y si él no me quiere mi vida estará arruinada para siempre».

Al día siguiente vino mi madre y me encontró con fiebre, por el resfriado que había cogido paseando con el Nini hasta tarde, le dijo la tía. El dormitorio era demasiado frío y yo estaba sentada en la cocina en mi sitio de siempre, con las piernas casi en el fuego. Me castañeaban los dientes y me sentía mal por la fiebre que tenía. Me notaba la cabeza confusa y no entendía bien lo que me decía mi madre. Mi madre contaba que otra vez se había producido una riña entre Giulio y mi padre, porque Giulio había dicho que el niño también podía no ser suyo.

—Si no hubieras andado siempre de acá para allá, no habrías tenido que oír estas palabras —me dijo mi madre.

—Es verdad —dijo la tía— y también ayer salió de paseo con el Nini, y así le ha entrado la fiebre y el resfriado que ha cogido. A mí me da lo mismo, lo único que me molesta es que la tengo en nuestra casa. Porque si la mala fama se extiende a mi hija, ¿quién se la quita después?

Pero yo les dije que se marcharan y me dejaran en paz, porque me dolían todos los huesos. La tía le dijo a mi madre que era yo la que tenía que hablar con Giulio si él no quería, y también mi madre me dijo que tenía que hablarle, y me dejó su dirección en la ciudad, que había conseguido de la criada en secreto. Luego se marchó corriendo para estar en casa antes de que volviese mi padre, porque mi padre no quería que viniese a verme y decía que aunque me hubiera muerto él no quería saberlo.

Así que un día, cuando estuve curada, me preparé para ir a la ciudad, cogí el dinero que me había dejado mi madre y un paquete de dulces que había hecho la tía y que quería que llevase a Giulio, pero los dulces cuando estuve en el tren correo los regalé a una mujer. Durante todo el tiempo que estuve en el correo no hice otra cosa que pensar en la ciudad, que no veía desde hacía tiempo, y me gustaba también mirar por las ventanillas y mirar a la gente que subía y oír de qué hablaban. Era mucho mejor que estar en la cocina, porque los pensamientos tristes desaparecían teniendo delante tanta gente, que no me conocía ni sabía todas mis historias. Me alegró ver la ciudad, con los pórticos y la avenida, y miré si por casualidad estaba el Nini, pero a esa hora debía de estar en la fábrica. Me compré unas medias y un perfume llamado «Notturno», hasta que me quedé sin dinero. Y luego fui a donde Giulio. La patrona de la casa, una mujer con bigote, que andaba arrastrando una pierna, me dijo que estaba durmiendo y no se atrevía a llamarlo, pero si esperaba un poco se levantaría. Me llevó al salón y abrió las contraventanas, y se sentó conmigo y empezó a hablarme de la pierna que se le había hinchado después de caerse de una escalera, me contó las curas que hacía y el dinero que tenía que gastar. Cuando salió para abrir al lechero me quité deprisa las medias y me puse las nuevas que había comprado, y las otras que estaban rotas las enrollé y las metí en el bolso. Y de nuevo me senté a esperar hasta que vino la patrona a llamarme, y encontré a Giulio en su habitación tan somnoliento que no me reconocía. Después se puso a dar vueltas sin zapatos y a buscar la corbata y la chaqueta, y yo hojeaba los libros que tenía encima de la mesa, pero él me dijo que parara y que no tocara nada.

—Quién sabe para qué has venido —me dijo—, tengo cosas que hacer y me molesta mucho perder el tiempo. Y además qué dirán aquí en la casa, sin duda tendré que explicar quién eres.

—Dirás que nos vamos a casar —le dije—, ¿o ya no quieres que nos casemos?

—Tienes miedo de que me escape —me dijo con rabia—, quédate tranquila que ahora ya no me escapo.

—Mira —dije con una voz serena y baja, que no me pareció la mía—. Mira, sé que ya no te importo. Y tampoco a mí me importas tú. Pero casarnos nos tenemos que casar, porque si no me voy a tirar al río.

—Oh —dijo—, lo has leído en alguna novela.

Pero se había asustado un poco y me dijo que no repitiera esas tonterías, y gritó a la patrona que hiciese café. Después de tomar el café retiró las tacitas y cerró la puerta con llave, y me dijo que en vez de hablar había mejores formas de pasar el tiempo.

Cuando vi por las ventanas que estaba oscuro, dije que ya se me había ido el correo, y él entonces miró el reloj y me dijo que me diera prisa en vestirme, que quizá todavía podía cogerlo.

—Si no dónde te meto esta noche —me dijo—, tenerte aquí ni lo pienso, la coja correría a contarlo por toda la ciudad.

En la parada del correo se enfadó conmigo porque no encontraba el billete, y luego porque con las prisas se me cayó el bolso y se salieron las medias que me había quitado en el salón, y me dijo:

—Desde luego tú no cambias. Nunca aprenderás cómo se vive.

La noche anterior a mi boda no hice más que llorar, y la tía quiso que estuviera dos horas con paños en la cara, para que no se notara tanto. Después me lavó el pelo con huevo y me untó las manos con una crema porque las tenía rojas y agrietadas. Era una crema que utilizaba siempre la condesa. Pero cada vez que alguien me hablaba lloraba, y daba pena, con el pelo recién lavado que se me escurría por todos lados, los ojos hinchados de llorar y la boca temblorosa.

Por la mañana llegaron mi padre y mi madre en un carro, y poco después llegaron los dos pequeños a pie, con la esperanza de comer algo. Pero estaban tan sucios que la tía no dejó que fueran a la iglesia. A Giovanni no lo habían encontrado porque se había marchado ya a la ciudad, y Azalea estaba en la costa con sus hijos, convalecientes de una enfermedad. Me había escrito una carta donde me daba a entender que estaba allí con su amante y no tenía ganas de moverse. Más tarde vinieron Giulio y su padre. A Giulio no se le reconocía con el abrigo largo que llevaba, los guantes que tenía en la mano y los zapatos brillantes. La tía pidió prestadas sillas, porque a las suyas se les caía la paja.

En la iglesia yo no entendí una sola palabra de lo que decía el cura. Me moría de miedo de ponerme mal de repente porque el corazón me latía con fuerza y por el olor a incienso. La iglesia la habían pintado hacía poco y estaba tan desnuda y vacía que ni siquiera parecía una iglesia. Mi madre se había traído el calentador y la tía no dejaba de mirar la puerta, pensando en la comida que tenía en el fuego. Santa lloraba por la pena de no ser ella quien se casaba, y también yo lloraba y no conseguía parar. Lloré durante todo el tiempo que duró la comida que había preparado la tía. Pero los demás fingieron no verme y se pusieron a hablar entre ellos de cosas que no me concernían.

Cuando mi padre iba a marcharse, la tía me empujó delante de él y me dijo que le pidiera perdón por los disgustos que le había dado. Me besó embarazado y volvió la cabeza. Había cambiado mucho en esos meses y tenía una expresión permanentemente ofendida y triste. Ahora llevaba gafas y ya no parecía la misma persona que me había pegado por Giulio. Parecía que toda energía para pegar, gritar y enfadarse le hubiera abandonado. Me lanzaba miradas de soslayo sin decirme nada. Parecía que se avergonzaba de mí.

Después de comer volvieron a irse todos y sólo se quedó Giulio. Subimos juntos al dormitorio y me dijo que tenía que quedarme con la tía hasta que naciera el niño. Alguna vez vendría a verme, pero no con demasiada frecuencia. Porque estaba agotado de estudiar y también yo debía estar tranquila, y pensar que no era ninguna broma dar a luz a un niño. Me dijo que me tumbara a descansar de las emociones por las que había pasado en la iglesia, y me dejó y bajó a la cocina con Santa que secaba los vasos.

Después vino a verme un domingo. Estaba otra vez vestido de caza con las botas

negras y la chaqueta desabrochada en el pecho, como antes cuando lo veía en el pueblo. Le pregunté si había encontrado ya casa.

—Qué casa —me dijo—, no hay ninguna casa que encontrar, porque viviremos con mis padres y mi madre ya tiene preparada la habitación.

—Ah, ¿sí? —le dije y me tembló la voz de la rabia—. Pues con tu madre yo no quiero vivir. Prefiero morir antes que ver cada día a tu madre.

—No te permito hablar así —me dijo. Y dijo también que pronto tendría un estudio en la ciudad, pero yo tenía que vivir en el pueblo con sus padres porque la vida era demasiado cara y nosotros no teníamos medios para vivir solos.

—Hubiera sido mejor entonces no casarse —le dije.

—Claro que hubiera sido mejor —dijo—, pero me he casado contigo porque me dabas pena. Ya has olvidado que querías tirarte al río.

Le miré de frente a la cara y me marché. Crucé el huerto deprisa sin responderle nada a la tía que me preguntaba adónde demonios iba. Me puse a caminar por las viñas como aquel día con el Nini y paseé durante un buen rato con las manos en los bolsillos, con el viento soplándome en la cara. Cuando volví Giulio se había marchado.

—Víbora —me dijo la tía—, tú sí que sabes hacerte respetar. Pasaba y os he oído reñir. Pero para reñir es un poco pronto. Bonito se lo vas a poner si sigues así.

Giulio volvió unos días después con unos cortes de tela, porque quería que me hiciese vestidos, y me dijo que volvería a pensar en ese asunto de la ciudad.

—Me pongo en contra de mis padres con tal de contentarte —dijo—, pero no merecerías nada, porque eres demasiado mala.

La tía vino a mirar las telas y sacó una revista de moda, y dijo que en cuanto diese a luz se pondría a trabajar. Giulio le dijo entonces que esas telas las quería llevar a una modista de la ciudad. La tía se puso roja y se ofendió, y nos dijo que saliéramos de la habitación y fuéramos a la cocina porque tenía que ordenar un armario. —Y a fin de cuentas ésta es mi casa—, nos dijo.

Giulio me dijo que tenía que estar elegante si quería vivir en la ciudad. Pero dijo que no me permitiría vestirme como se vestía Azalea. Porque Azalea llevaba algunas cosas extravagantes, y cuando pasaba por la calle se volvía todo el mundo a mirarla. Él no quería que pasase lo mismo conmigo. Pero elegante me quería elegante, porque a una mujer que no se cuida no apetece llevarla al lado. Santa le dijo para fastidiarle que las telas las había elegido mal porque no eran los colores de moda.

—Saben mucho de moda los que están siempre entre cebollas —dijo Giulio.

—La moda es vestirse como los demás, sin esas botas de ogro, que me entran ganas de reír cuando las veo a un kilómetro de distancia —respondió Santa.

Se enfadaron los dos y Giulio siguió hablándome como si estuviera solo conmigo. Me dijo que viviendo en la ciudad había que recibir de vez en cuando, y yo tenía que

aprender a recibir y muchas otras cosas, porque algunas veces parecía que hubiera caído de la luna. Lo miré para ver si pensaba en el Lune al decir eso. Sin embargo él no pensaba en aquello ni por asomo y parecía que no se acordaba de que me había llevado al Lune, adonde iban también las putas, parecía que ya no se acordaba del tiempo en que no estábamos casados, y sus pocas ganas de casarse conmigo y el dinero que yo debía aceptar a cambio de desaparecer en cualquier otra parte, con el hijo que tenía de él. Ahora me hablaba a menudo de nuestro niño, de la cara que se imaginaba que tendría y de un tipo nuevo de cochecito desmontable que había visto y había que comprar.

Los dolores me entraron de noche. La tía se levantó y llamó a la comadrona, y mandó a Santa a casa de su madrina porque decía que una muchacha no puede ver cómo nace un niño. Santa en cambio quería quedarse porque estaba demasiado impaciente por besar al niño y ponerle en la cabeza un gorrito con cintas azules que había bordado para él. Hacia la mañana llegó mi madre, también ella con gorritos y lazos. Pero yo estaba descompuesta por el miedo y el dolor, había tenido ya dos desvanecimientos y la comadrona dijo que había que llevarme urgentemente al hospital de la ciudad.

Mientras el coche corría hacia la ciudad, y mi madre me miraba llorando, yo miraba la cara de mi madre y pensaba que pronto estaría muerta. Arañaba las manos de mi madre y gritaba.

Tuve un varón y lo bautizaron inmediatamente porque parecía que se iba a morir. Pero a la mañana siguiente se encontraba bien. Yo estaba débil y tenía fiebre, y me habían dicho que no le diera pecho. Permanecí en el hospital un mes después de nacer el niño. A mi hijo lo cuidaban las monjas y le daban la leche con biberón. Me lo llevaban de vez en cuando, feo como un demonio con el gorrito que había bordado Santa, con unos dedos largos que movía muy despacio, y un aire misterioso y concentrado, como si estuviera a punto de descubrir algo.

El día siguiente al parto vino a verme mi suegra, y la tomó enseguida con una monja porque el niño tenía mal puestos los pañales. Después se sentó estirada con el bolso en la mano, con su cara larga y compungida, y me dijo que cuando había dado a luz ella, había sufrido mucho más que yo. Los médicos la habían felicitado por su valor. A pesar de la opinión de los médicos se había empeñado en amamantar al niño. Dijo que había llorado todo el día porque se había enterado de que yo no lo amamantaba. Buscó en su bolso el pañuelo y se secó las lágrimas.

—Es triste negar al niño el seno de la madre —me dijo. Pero añadió que de todas formas yo no tenía un buen pecho. Vino a mirarme bajo el camisón. Con un pecho así no podía amamantar. Me dio rabia y le dije que quería dormir, porque estaba cansada y me dolía la cabeza. Entonces preguntó si me había ofendido y me hizo una caricia en la barbilla, y dijo que ella era tal vez un poco demasiado sincera. Sacó una caja de dátiles y me la metió debajo de la almohada.

—Llámame mamá —dijo al marcharse.

Cuando se fue, comí uno a uno todos los dátiles, y guardé la caja pensando que podía servir para meter guantes. Y me puse a pensar en unos guantes que me compraría al salir del hospital, de piel blanca con costuras negras, como tenía Azalea, y luego en todos los vestidos y sombreros que quería hacerme para estar elegante y fastidiar a mi suegra, que diría que malgastaba el dinero. Pero estaba triste porque había venido mi suegra y ahora sin duda la tendría siempre cerca, y porque creía que el niño se parecía a ella. Cuando me trajeron al niño y me lo pusieron al lado en la

cama, me dije que se le parecía de verdad y que por eso yo no lo quería. Me ponía triste haber traído al mundo ese niño, que tenía la barbilla larga de mi suegra, que se parecía también a Giulio pero no tenía nada de mí. «Si quisiera a Giulio también querría al niño —pensaba—, pero así no puedo». Sin embargo en su pelo suave y húmedo, en su cuerpo y en su respiración, había algo que me atraía y me quedaba en la memoria cuando se lo llevaban. A él no le importaba saber sí le quería, y si estaba triste o alegre, y lo que me quería comprar y lo que yo pensaba, y me daba pena ver lo pequeño y tonto que era todavía, porque hubiera estado bien poder hablarle. Estornudó y lo tapé con el chal. Y recordé con asombro que lo había tenido dentro de mí, había vivido bajo mi vestido durante mucho tiempo, cuando estaba sentada con la tía en la cocina, y cuando había venido el Nini y habíamos paseado juntos. ¿Por qué el Nini no se dejaba ver? Pero era mejor que no viniese todavía porque yo estaba demasiado débil y cansada, y cada vez que me excitaba al hablar me dolía la cabeza. Y además habría dicho algo malo del niño.

Giulio venía siempre a verme hacia el atardecer, cuando las monjas rezaban en el pasillo y junto a mi cama lucía una pequeña lámpara bajo una pantalla de seda. Cuando venía, yo empezaba enseguida a quejarme de que no me sentía bien, que me dolía todo el cuerpo como si me hubieran pegado y machacado a golpes, y era verdad, pero me divertía asustándolo. Y luego decía que estaba cansada de estar en el hospital y que las horas se hacían eternas, y le decía que un buen día me escapaba para ir al cine. Él entonces empezaba a rogarme que tuviera paciencia y me prometía llevarme algún regalo si no le atormentaba. Ahora era tierno conmigo y me decía que lo daría todo con tal de que estuviese contenta, y había alquilado ya un piso en la ciudad, con ascensor y todo lo necesario.

No era verdad que no me gustara estar en el hospital, me gustaba porque no tenía que hacer nada, y en cambio cuando me marchase, me tocaría acunar al niño y prepararle la leche, y lavarle el culo a cada rato. Ahora ni siquiera sabía bien cómo se ponían los pañales, y además me asustaba cuando gritaba, porque se ponía morado y parecía que iba a explotar. Pero algunas veces me daba rabia no poder levantarme y mirarme al espejo y ponerme vestidos, y salir fuera a ver la ciudad, ahora que tenía dinero. Había días en que no conseguía vencer el aburrimiento y entonces me ponía a esperar a que viniese alguien. Mi madre no venía casi nunca porque tenía cosas que hacer, y también porque iba demasiado mal vestida para presentarse en la ciudad. Ya no estaba tan contenta con mi matrimonio, y había reñido con Giulio porque le había pedido dinero prestado y él se lo había negado. Mi madre no se lo había perdonado y tenía la cara larga también conmigo.

Un día vino Azalea, que acababa de llegar de la costa, y tenía la nariz pelada y sandalias. Pero estaba triste porque con su amante ya no le iba tan bien, y él estaba loco de celos y no quería que fuese a bailar, y no paraban de pelear.

—¿Cómo está tu hijo? —me preguntó.

Le dije que si quería verlo, pero respondió que para niños ya tenía bastante con los suyos, y que cuando eran aún tan pequeños le daban grima.

—Con tu marido cómo te va —me dijo—. Has hecho bien en plantar batalla porque si te metía en casa de su madre, estabas lista y ya no veías un céntimo. Con los hombres hay que hacer siempre lo que una quiere, porque si te haces pasar por tonta te quitan hasta el aire que respiras.

Al día siguiente me trajo a su modista, aunque le había explicado que todavía no se me podían tomar las medidas, porque no debía moverme de la cama. Pero Azalea me aseguró que la modista había venido simplemente a conocerme y a hablarme de lo que se llevaba. Después empezó a insistir para que me levantara, que total ya no tenía nada, y estaba mejor que ella.

Cuando me levanté por primera vez y me puse una bata rosa con un cisne que me había traído Azalea, me sentí feliz, y caminando muy despacio con Giulio en el pasillo del hospital, miraba afuera a través de las altas ventanas que se abrían sobre la avenida. Hasta era posible que el Nini pasase por allí. Me sentaba delante de las ventanas y miraba si lo veía pasar, porque le llamaría y le diría que tenía que venir a verme, y empezaríamos a reñir y a discutir juntos. Ahora sin duda ya no me quería, después de haber pasado tanto tiempo, y aunque me quisiera todavía no teníamos por qué dejar de vernos. Pero no lo veía pasar y me ponía triste, y discutía con las monjas porque querían que volviese a la cama.

La verdad me la dijo Giovanni, cuando vino con una trompeta de juguete para el niño, como si ya pudiera tocarla. Tenía en la mano una cartera de cuero y contó que ahora trabajaba con un comerciante de tejidos, y viajaba para ofrecer las telas. Pero tenía un aire abatido y asustado como si acabara de salir de alguna historia desagradable, y hablaba agitando los brazos, sin mirarme como si me escondiera algo. «Le habrá dejado Antonietta», pensé. Le pregunté qué le había pasado.

—Nada —respondió. Pero mientras tanto seguía caminando sacudiendo las manos, y de repente se paró frente a la pared dándome la espalda—. El Nini —dijo —, ha muerto.

Dejé en la cama al niño que tenía en brazos.

—Sí, ha muerto —dijo, y empezó a llorar, y yo caí sentada sin fuerza, casi sin respiración. Entonces se calmó poco a poco y se secó la cara, y dijo que le habían dicho que yo no lo debía saber, porque no estaba todavía muy bien, pero hacía ya muchos días que había muerto. De una pulmonía había muerto. Sin embargo Antonietta decía que era culpa mía. Decía que yo era demasiado dura de corazón, porque el Nini estaba enamorado de mí desde hacía ya tiempo, desde que todavía vivía con ella, y yo le había atormentado y lo iba a ver siempre, hasta cuando sabía que estaba embarazada y me tenía que casar. Entonces había perdido la cabeza y había empezado a vivir como un desesperado, en aquella habitación que parecía un retrete, sin dormir ni comer nada y bebiendo sin parar. Antonietta decía que si un día se encontraba conmigo por casualidad, me avergonzaría delante de la gente. Pero Giovanni me dijo que no era verdad en absoluto, porque el Nini era un tipo demasiado frío, que no se interesaba por las mujeres y sólo se preocupaba de beber. Él, cuando lo encontró delirando en la cama, pensó que estaba borracho y le vació encima la jarra de agua, y Antonietta decía que eso le había hecho enfermar aún más. Porque Giovanni después había ido a llamar a Antonietta, y Antonietta había dicho enseguida que parecía pulmonía. Habían ido a buscar un médico y durante tres días Antonietta le había puesto cataplasmas en la espalda, como había ordenado el médico, y había limpiado la habitación y había llevado mantas de su casa. Pero él resoplaba con fuerza al respirar y no dejaba de delirar, y quería tirarse de la cama y había que sujetarlo a la fuerza, hasta que había muerto.

Al atardecer cuando vino Giulio me encontró llorando, lloraba y caminaba por la habitación y no quería volver a la cama. En la mesa estaba la cena que me había traído la monja, la sopa ya fría en el plato, que yo no había tocado.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

—Ha muerto el Nini —le dije—, me lo ha dicho Giovanni.

—Ese cerdo de Giovanni —dijo—, cuando lo encuentre le parto la cara.

Me tomó el pulso y dijo que tenía fiebre, y me rogó que volviera a la cama. Pero yo no respondía y continuaba llorando, y me dijo que le daba vergüenza que fueran a

verme las monjas, medio desnuda como estaba, con la bata toda abierta por delante, y si quería agarrar una pulmonía también yo y marcharme al otro barrio como el Nini. Estaba ofendido y telefoneó para que viniese Azalea, y se puso a leer el periódico sin volver a mirarme.

Vino Azalea y a él le dije que fuese al restaurante a comer, y entonces se fue y dijo que nos dejaba solas con nuestros secretos, porque lo que es él no contaba para nada y no hacía ninguna falta.

—Está celoso —dijo Azalea cuando se marchó—, son celosos todos.

—El Nini ha muerto —le dije.

—No es ninguna novedad —me dijo—, ha muerto. También yo lloré cuando me lo dijeron. Luego pensé que era mejor para él. Ojalá me pasase a mí pronto. Estoy cansada de vivir.

—Yo soy la culpable de su muerte —le dije.

—¿Tú?

—Porque me quería —le dije—, y yo le atormentaba y me gustaba verlo sufrir, hasta que empezó a beber más, y a estar siempre solo en su cuarto, y todo dejó de importarle cuando supo que me iba a casar.

Pero Azalea me miró sin creerme y me dijo como con rabia:

—Cuando uno muere se nos mete siempre algo en la cabeza. Él murió porque estaba enfermo, y tú no puedes hacer nada y es inútil que ahora te pongas a adornarlo. Tú no le importabas nada, porque decía siempre que eras tonta y no sabías resistirte a los hombres, y que le dabas pena.

—Me quería —le dije—, me llevaba siempre a la orilla del río a hablar. Me leía sus libros y me explicaba lo que querían decir. Me besó una vez. Y yo también le quería. Pero no me daba cuenta y creía que me gustaba divertirme con él.

—Es inútil que ahora tú te pongas a soñar con el Nini —me dijo—. El Nini u otro es igual. Con tal de tener a alguno, porque la vida es demasiado triste para una mujer si se encuentra sola. El Nini era un poco menos estúpido que los demás, es verdad, y tenía unos ojos luminosos, de una mirada que todavía me parece sentir, pero al poco rato se hacía aburrido, y no se sabía nunca qué pensaba. A mí no me sorprende que haya muerto, medio podrido por el aguardiente como estaba, lo raro es que no se haya ido antes.

Giulio volvió y Azalea se fue corriendo, porque era tarde y su marido llegaba a casa, y a Ottavia le dolían las muelas y no podía cocinar.

Por la noche yo soñé que el Nini había venido al hospital, a escondidas había cogido al niño y había vuelto a marcharse, pero yo corría detrás de él y le preguntaba dónde había dejado al niño, y él lo sacaba de la chaqueta, pero el niño se había hecho muy pequeño, pequeño como una manzana, y de repente el Nini subió corriendo por una escalera, y estaba también Giovanni y yo llamaba pero nadie me respondía.

Me desperté jadeante y sudada y vi a Giulio junto a mi cama, porque ya era de día y él había venido pronto para ver cómo me encontraba. Le dije que había soñado que el Nini robaba al niño.

—No, no lo han robado —me dijo—, está ahí durmiendo y no tengas miedo, que nadie va a venir a robártelo.

Pero yo seguía repitiéndole que al Nini me lo había visto delante como si estuviera vivo, y me había tocado y hablado, y sollozaba y me agitaba en la cama. Me dijo que aprendiera a dominarme y que no fuera tan nerviosa.

Pocos días después dejé el hospital y entré en mi nueva casa. Y empezó para mí una vida diferente, una vida en la que ya no estaba el Nini, que había muerto y en el que no debía pensar porque era inútil, y en la que estaba en cambio el niño, Giulio, la casa con los muebles nuevos y las cortinas y las lámparas, la criada que había conseguido mi suegra, y mi suegra que venía de vez en cuando. Del niño se ocupaba la criada y yo dormía hasta bien entrada la mañana, en la gran cama de matrimonio, con la colcha de terciopelo anaranjado, con la alfombra en el suelo para poner los pies, con la campanilla para llamar a la criada. Me levantaba y paseaba por la casa en bata y admiraba los muebles y las habitaciones, cepillándome muy despacio el pelo y tomando el café. Me acordaba de la casa de mi madre, con la caca de los pollos por todas partes, con las manchas de humedad en las paredes, con las banderitas de papel atadas a la lámpara, en el comedor. ¿Existía aún aquella casa? Azalea decía que teníamos que ir un día juntas, pero a mí no me apetecía porque me avergonzaba pensar que antes vivía allí, y además me dolería volver a ver la habitación de Giovanni, donde dormía también el Nini en el tiempo en que estábamos todos juntos. Cuando salía a la ciudad me mantenía alejada del río, y buscaba las calles más concurridas para que la gente pudiera verme como era ahora, con los vestidos nuevos y los labios pintados. Me sentía ahora tan guapa, que no me cansaba nunca de mirarme al espejo, y me parecía que no había habido nunca una mujer tan bella.

Cuando venía mi suegra, se encerraba en la cocina con la criada y le preguntaba sobra mí, y yo pegaba la oreja a la puerta y escuchaba. La criada decía que yo no quería al niño y no iba nunca a cogerlo cuando lloraba, no preguntaba siquiera si había comido, y era ella la que tenía que hacer todo, atender al niño y cocinar y lavar, porque yo estaba siempre de paseo o mirándome al espejo o durmiendo, y no sabía ni freír un huevo. Mi suegra iba con el cuento a Giulio, pero él decía que no era verdad, y que yo adoraba al niño y me lo veía siempre en brazos, y si salía alguna vez de paseo no tenía nada de malo, porque era joven y tenía que distraerme, y era él el que me decía que saliera. Giulio estaba ahora tan enamorado de mí que ya no le importaba su madre ni ningún otro, y la madre le decía siempre que se había vuelto tonto y no veía ya la realidad, y que si un día yo le ponía los cuernos, tendría lo que se merecía. Pero a mí en cambio no me decía nada, porque yo le daba miedo, y me hablaba siempre sonriendo y me invitaba a ir a verla, sin atreverse ya a abrirme los cajones desde que le dije que se metiera en sus asuntos.

«Cuando el niño crezca —pensaba—, será más divertido estar con él, cuando corra en triciclo por la casa, cuando le tenga que comprar juguetes y caramelos». Pero ahora era siempre lo mismo, cada vez que lo miraba, con su cabeza grande apoyada en la almohada de la cuna, y al poco rato me daba rabia y me marchaba. Me parecía mentira salir y verme delante la ciudad, sin haber andado mucho tiempo por el camino lleno de polvo y de carros, sin llegar despeinada y cansada, con la pena de

tenerla que dejar en cuanto oscureciera, cuando interesaba más. Me encontraba con Azalea e íbamos a sentarnos al café. Poco a poco yo empecé a vivir como Azalea. Pasaba los días en la cama y hacia el atardecer me levantaba, me maquillaba y salía a la calle, con la piel de zorro echada sobre los hombros. Al andar miraba a mi alrededor y sonreía con insolencia, como hacía siempre Azalea.

Una vez, mientras volvía a casa, me encontré con Antonietta y Giovanni. Iban abrazados y caminaban inclinados hacia delante, porque llovía y ellos no tenían paraguas. —Buenos días —dije. Fuimos juntos al café. Yo esperaba que de un momento a otro Antonietta me saltase encima y me arañase con sus uñas brillantes y afiladas, que debía pasar el día arreglándose, aunque no le mereciese la pena, fea y vieja como se había vuelto. Sin embargo no tenía aspecto de querer arañarme, parecía casi que tuviera miedo de lo que fuera a decir de ella, y escondía los pies debajo de la butaca, cuando veía que se los miraba. Dijo que había visto a mi niño en el cochecito, mientras estaba fuera en los jardines, y hubiera querido acercarse para darle un beso, pero no se había atrevido por la criada.

—Feliz tú que tienes criada —me dijo—, yo tengo que hacérmelo todo. Aunque no tengo mucho que hacer porque no hay hombres en casa, estoy sola con los chicos.

Después de decir esto enrojeció, le salieron ronchas en el cuello, y nos quedamos en silencio mirándonos, con el mismo pensamiento en la cabeza. Pero ella empezó otra vez a preguntarme sobre el niño y sobre mi marido, y si iba a bailar y llevaba una vida interesante.

—A casa no vienes —me dijo Giovanni. Y dijo que en casa todo seguía como siempre y feliz quien la había dejado. Me pidió dinero prestado, porque era verdad que él trabajaba, pero luego en casa le quitaban todo y estaba siempre con los bolsillos vacíos.

Me acompañaron hasta el portal y allí me dijeron adiós, y mientras me desnudaba en la habitación, pensaba en Giovanni que tal vez ahora cruzaba el puente y se iba a casa por el camino oscuro, porque con Antonietta no quería vivir si tampoco tenía que casarse con ella. No habíamos dicho nada del Nini en todo el tiempo que habíamos estado juntos en el café, como si hubiéramos olvidado que también a él en otro tiempo le gustaba sentarse en el café, fumando y hablando, echado de lado sobre el asiento con los dedos en el mechón y la barbilla levantada. Pero resultaba cada vez más difícil pensar en él, en la cara que tenía y en las cosas que decía siempre, y me parecía ya tan lejano que daba miedo pensarlo, porque los muertos dan miedo.

Pequeño apunte autobiográfico

El primer cuento de verdad que escribí es *Una ausencia*. Había escrito anteriormente una gran cantidad de poesías y había empezado muchos cuentos, que dejaba después de las tres o cuatro primeras líneas. Había escrito y terminado también novelas, pero en mi infancia. A medida que me adentraba en la adolescencia más difícil me resultaba no ya terminar una novela o un cuento, sino incluso superar las tres o cuatro primeras líneas.

Mi modelo era Chejov. Tenía además otros innumerables modelos que también me acompañaban de la mañana a la noche, protectores e interlocutores invisibles a quienes sometía y destinaba continuamente, en mi interior, no sólo mi deseo de escribir sino cada uno de mis pensamientos, cada una de mis acciones y mis hábitos; protectores cuyos libros no leía sino más bien succionaba como un niño succiona la leche de la nodriza, esforzándome por asimilar y penetrar el secreto de la prosa.

Todos esos relatos empezados e interrumpidos a las cuatro líneas, habían generado en mí una total desconfianza en mi capacidad para concluir cualquier cosa, de manera que cuando me puse a escribir *Una ausencia* temblaba de miedo a pararme antes del final. Una vez escrita *Una ausencia* no recuerdo si lo consideré un buen cuento, pero estaba deslumbrada por el orgullo y el asombro de haberlo terminado. Recuerdo sin embargo que pensé que era un verdadero cuento, un cuento «para adultos» (así es como lo pensé, «para adultos») y me dije que yo era tal vez un «enfant prodige». Tenía diecisiete años. La idea de ser tal vez un «enfant prodige» no me colmó precisamente de soberbia y de júbilo, porque sufría a causa de muchas mortificaciones y tristezas, entre ellas la de ser tímida, tener pocos amigos y ropa fea y ser una mala estudiante. Escrita *Una ausencia* nada en mi comportamiento dejó traslucir la alta opinión que tenía de mi escritura. Aunque debo decir para mi vergüenza que esa idea secreta de ser un «enfant prodige» la llevé conmigo durante muchos y muchos años, incluso cuando hacía tiempo que todo resto de prodigio y de infancia me habían abandonado.

Tras *Una ausencia* escribí y concluí muchos cuentos. Pude publicar algunos en revistas y periódicos. Me doy cuenta, al recordar aquellos años, de que entonces vivía pensando constantemente en mi escritura. Andaban siempre flotando por mi cabeza no sólo personajes y cuentos sino también títulos de cuentos: de algunos no tenía nada más que el título, pero tener el título de un cuento me parecía ya una gran riqueza, un título era para mí un cuento en potencia. Tuve en la cabeza durante muchos años el título «Asunto», y no sabría decir el número de relatos totalmente distintos que empecé con ese título y que destruí porque no me parecían dignos de tan distinguida y maravillosa palabra; y cuando iba andando por la calle y estaba contenta por alguna razón, me decía: «Además escribiré el cuento *Asunto*», y me alegraba de

los momentos felices que me reservaba el futuro.

Mis modelos en aquel tiempo eran sobre todo extranjeros. Como no conocía ninguna lengua extranjera a parte del francés, leía tanto a Chejov como a muchos otros de mis modelos en traducciones; pero eso no me importaba mucho porque el estilo no me preocupaba; lo que me interesaba realmente era aprender el modo de conducir y articular una historia, el modo de manejar e iluminar la realidad. Y siendo mis modelos precisamente extranjeros, me lamentaba de haber nacido en Italia y de vivir en Turín, porque, mientras me veía obligada a describir en mis libros el Paseo del Po, lo que me habría gustado describir era Nevski Prospekt. Y esto me hacía sufrir mucho. El nombre de la ciudad de Turín no suscitaba ningún eco melodioso en mi corazón, al contrario, me confinaba en las angustias de mi existencia cotidiana, evocando su banalidad y su palidez. Por otra parte mis personajes no podían llamarse Sonia o Sacha, tenían por fuerza que llamarse María o Giovanna. Y yo sufría por ello y me parecía que mis personajes estaban condenados desde su nacimiento; relegados por el nombre que llevaban a una situación de desventaja.

Sin embargo me di cuenta de que, a medida que la ola de la escritura me arrastraba, iba olvidando la amargura de no vivir en Moscú o en San Petersburgo y me di cuenta de que mis personajes, aun llamándose por fuerza María o Teresa, me gustaban. Y había descubierto ya definitivamente que no podía fingir que vivía en San Petersburgo, viviendo, ay, como vivía, en Turín. Pero podía —y es lo que hice— no precisar el lugar en que vivían mis personajes, situarlos en un espacio indeterminado. Así, cuando iba andando por las calles de Turín, me imaginaba estar en San Petersburgo, ciudad que sólo había visto en la imaginación; y trataba de aislar los aspectos que podían tener en común San Petersburgo y Turín (el tono grisáceo, la niebla, los carruajes, los charcos, los montones de nieve) para describir en mis relatos esos y sólo esos aspectos, para liberar el mundo de mis personajes de toda precisión piamontesa y mortificante y hacerlos vivir en una nebulosa indeterminación geográfica, indeterminación que me parecía la única circunstancia en que mis personajes podían crecer y multiplicarse.

Había otra cosa que me pesaba a la hora de escribir y ésa era mi ambiente social. Era hija de un profesor de universidad. La profesión de mi padre me parecía, no sé por qué, inaceptable: me parecía la más inadecuada entre las profesiones para engendrar escritores. Habría querido que mi padre fuese o un príncipe o un campesino; y que nosotros fuésemos o muy ricos o muy pobres. En cambio mi familia no era ni muy rica ni muy pobre: nosotros éramos, ay, burgueses. Y por añadidura éramos judíos, cosa ésta que también me parecía relegarme muy lejos del mundo de la poesía, porque no sabía de ningún escritor que fuese a la vez judío, de familia burguesa, hijo de un profesor y crecido en el Piamonte: todo el conjunto de las circunstancias que se entrecruzaban en mi persona me parecía constituir un

impedimento al hecho de llegar a ser algún día un verdadero escritor.

Yo no podría jamás —porque cada vez era más consciente de que solamente se puede contar lo que se conoce desde dentro y de lo difícil que es describir una condición social diferente de la nuestra, difícil, casi imposible, imposible como crear un personaje que viva en las riberas del Danubio, del Neva o del Don— no podría hablar jamás ni de campesinos ni de príncipes; no conocía ni la vida de los muy ricos ni la vida de los muy pobres; y además era judía y, aunque mi familia no fuera practicante en absoluto, nosotros estábamos por ese motivo en una situación particular y diferente a los demás: ¿Cómo imaginar la vida de los demás desde un ángulo tan restringido, tan particular e infrecuente? Lo único que podía hacer era recrear la vida de la familia de un médico porque esa vida no debía de ser demasiado lejana y diferente a la mía. Y de hecho en aquellos cuentos míos la profesión que atribuía a mis personajes, siendo mi padre profesor de medicina, era a lo sumo la de médico. Yo hubiera querido que mi padre fuese, al menos, un médico destinado en una zona rural. Hubiera querido vivir en un pueblo o en el campo.

De niña había querido trasladar mi vida entera a un libro: escribir un gran libro que contuviese, día a día, mi vida entera junto a la de las personas que me rodeaban. Pero de niña amaba mi vida y, en cambio, en la adolescencia, la detestaba. Por eso, siendo ahora adolescente, a pesar de haber comprendido que se pueden contar sólo las cosas que se conocen desde dentro, no quería que nada de mí se reflejase en mis cuentos, nada de mí ni de mi vida; quería que mis cuentos, aun nutriéndose exclusivamente de aquello que yo conocía, como era necesario e inevitable, se proyectaran sin embargo en un mundo impersonal y separado de mí, en el que no fuera posible entrever ningún rasgo mío. Tenía un horror sagrado a la autobiografía. Le tenía horror y terror porque la tentación de la autobiografía era en mí muy fuerte, como sabía que sucede a menudo a las mujeres, y mi vida y mi persona, proscritas y detestadas, podían irrumpir de repente en la tierra prohibida de mi escritura. Y, advirtiendo en mí una fuerte inclinación al sentimentalismo, tenía un terror sagrado a ser «empalagosa y sentimental» defecto que me parecía odioso por ser femenino, mientras que yo quería escribir como un hombre.

Una vez alguien me dijo una cosa que me causó una profunda impresión. Esta persona era un pintor que pintaba una tarde en una terraza. Tenía el pelo castaño rizado y un buen perfil majestuoso y rosado, y pintaba curvando los labios y entrecerrando un ojo. Era alto, rosado y calmoso, y el cuadro que estaba pintando era rosado, con rocas rosas y verdes y riachuelos rosas. Tenía al pintar un gesto amplio, libre y sosegado, una respiración sosegada y profunda. Yo lo contemplaba con mucha admiración y me parecía la personificación del mundo adulto, mundo del que aún me sentía excluida. Sin dejar de pintar y entrecerrando de vez en cuando un ojo para mirar el cuadro, me dijo que los cuentos que yo escribía no estaban mal en absoluto;

estaban sin embargo escritos «al azar». Es decir, que yo no sabía nada de la realidad pero trataba de adivinar: me movía en un mundo todavía irreal, que es el mundo de los adolescentes, y los objetos que describía y los asuntos que contaba eran verosímiles y reales sólo en apariencia, pero que yo no conocía su verdadero peso y su verdadero significado, los había atrapado «al azar», pescando a tientas en el vacío. Me quedé deslumbrada por la verdad de estas palabras. Ciertamente yo escribía «al azar», espiando la vida de los demás pero sin entenderla bien ni saber nada de ella, tratando de adivinar y «fingiendo saber». Por eso podía sucederme —eso no lo había dicho él pero me había parecido desprenderse de sus palabras— podía sucederme que el día en que dejase de ser «casual», es decir, el día en que entrase a formar parte del mundo adulto, perdiese por completo toda facultad de escribir. Esto es, cuando las palabras adquiriesen para mí su significado y su peso verdadero, yo podría encontrarme demasiado débil para saberlas manejar.

Entonces me empeñé en dejar de escribir «al azar». Pero no era fácil. Me volví suspicaz y olfateaba y pegaba el oído a toda palabra que se me ocurría escribir, para ver si era «casual». Si escribía sobre un jardín o un bosque, de repente me embargaba la duda de que aquel jardín o aquel bosque existieran realmente en mí, de que no me importasen nada o muy poco. Luego dejé de olfatear cada palabra porque, si me detenía así en cada palabra, llegaría un momento en que dejaría de escribir. Después me hice adulta y descubrí que el peligro de ser «casual» lo corría igualmente. Porque no se trataba de un vicio de la adolescencia sino más bien de un vicio de mi espíritu. Era hábil en el juego de la simulación y de la ficción: era hábil para fingir amar lo que me resultaba en realidad indiferente: era hábil para tratar de adivinar y para «fingir saber».

Me asombra recordar ahora cuánto pensé en aquellos años en mi escritura. Poco a poco, al hacerme adulta, fui pensando cada vez menos en el hecho de escribir y hoy no pienso en ello en absoluto. Entonces tenía siempre flotando en la cabeza ideas de cuentos. Hoy no tengo ninguna idea, nunca; mis preocupaciones son totalmente diferentes, son siempre totalmente diferentes hasta el día en que me pongo a escribir: cuando me pongo a escribir, hoy como entonces, me meto a fondo en la historia que escribo. Pero suelo vivir sin una sola historia en la cabeza, ni una: no siento ya en mi cabeza aquel perenne, indefinido y dulce flotar. En otro tiempo solía pensar también que era culpable si no escribía e incluso cuando no tenía ganas de hacer nada y me sentía seca y vacía, me obligaba a intentar escribir. Hoy no tengo mala conciencia si no escribo, nunca trato de escribir si no tengo ganas, ya no miro las cosas y la gente pensando que podría incluirlas en un cuento, no ando nunca construyendo frases y articulando narraciones y, si me pongo a pensar en lo que era yo a los veinte años, todo en mí se ha transformado de tal modo que me resulta difícil reconocerme, y cuando me pongo a escribir, reencuentro, sí, la felicidad de entonces, reencuentro

aquella gran felicidad mas no ya aquel placer fresco e intacto que sentía entonces, aquel placer fresco de tocar y mover cosas que nunca había movido y tocado, reencuentro una gran felicidad mas no ya aquel vivo y fresco placer.

Una ausencia, *Casa en la playa*, y *Mi marido* son tres de los numerosos cuentos breves que escribí entre los diecisiete y los veintidós años. Cuando escribí *Casa en la playa* me pareció haber logrado el colmo de la frialdad y del distanciamiento. No soñaba con otra cosa que la frialdad y el distanciamiento y aquel cuento me parecía admirable. Sin embargo hubo algo en todo aquel distanciamiento que me disgustó: para parecer un hombre había llegado al extremo de fingir en aquel cuento que era un hombre, cosa que no he hecho nunca más y que no volveré a hacer nunca. Por otra parte había descubierto la primera persona, el gran placer de escribir en primera persona, placer desconocido para mí hasta aquel día. *Mi marido* lo escribí también en primera persona, pero se trataba esta vez de una mujer, aunque busqué una mujer lo más diferente y alejada de mí posible. En aquel tiempo, como he dicho, miraba siempre a las personas pensando que las utilizaría en un cuento. Después de haber escrito *Mi marido* advertí que el médico de esa historia se parecía como una gota de agua, en sus rasgos, al médico de mis hijos, persona a la que había mirado sin pensar nunca que podría utilizar en un relato. Se había deslizado en el cuento sin que yo lo supiera. Descubrí entonces que entraban en mis cuentos no quienes yo decidía que tenían que entrar sino personas a quienes había dirigido una mirada distraída. A ese médico lo había mirado distraídamente pensando en servirme de él sólo como médico y no ciertamente como personaje y así comprendí que la mirada no distraída que yo dirigía a los seres humanos con la intención de utilizarlos en mi mundo poético, en cierto sentido los marchitaba, los deslucía y los hacía inservibles como personajes; aquella mirada no distraída sino utilitarista e interesada los consumía, agotando en ellos inmediatamente toda vida poética. Entraban en cambio sin ser llamados otros sobre quienes mi mirada apenas se había detenido o sobre quienes se había detenido, como era el caso de ese pediatra, intensamente pero por motivos que no concernían en nada a mi escritura.

Mi marido lo escribí en mayo del 41 en Pizzoli, un pequeño pueblo campesino del Abruzzo. Nunca en mi vida había vivido en el campo. Había pasado temporadas pero de vacaciones. Pizzoli era un lugar de confinamiento al que fui cuando Italia entró en guerra. Permanecí allí tres años. Teníamos una casa que daba a la plaza del pueblo y por las ventanas, más allá de la pequeña plaza que tenía una fuente, veía huertos, colinas y ovejas. Las mujeres con chales negros que aparecen en el cuento *Mi marido* eran las que pasaban y pasaban en la grupa de un asno a lo largo de los senderos que subían a las colinas o bajaban entre las viñas hasta el río. El grito agudo con el que espoleaban a los asnos resonaba constantemente en aquellos senderos pedregosos, un grito gutural y ronco, y yo me preguntaba cómo había podido vivir durante tantos

años sin saber que existía aquel grito. Podía salir del pueblo cuando quería, porque no era yo la confinada sino mi marido, pero no me era fácil salir y no me alejé de allí más de dos o tres veces y por pocos días en tres años. Aquel pueblo lo amaba y lo detestaba. Sentía constantemente una profunda nostalgia de Turín, ciudad donde había crecido y que siempre me había parecido estúpida y chata y que ahora se me aparecía bellísima en el recuerdo, con sus largas avenidas donde los tranvías pasaban traqueteando y haciendo sonar sus campanas y donde aquel agudo grito gutural, amado y detestado, no se oía jamás.

Empecé a escribir *El camino que va a la ciudad* en septiembre del 41. En mi cabeza flotaba septiembre, el septiembre del campo del Abruzzo, no lluvioso sino cálido y sereno, con la tierra que se vuelve roja, las colinas que se vuelven rojas, y flotaba en mi cabeza la nostalgia de Turín y quizá también *La ruta del tabaco* que había leído, me parece, entonces y me había gustado bastante, no mucho. Todas aquellas cosas se confundían y se mezclaban dentro de mí. Deseaba escribir una novela, no ya un simple cuento. Me faltaba por saber si tendría suficiente aliento.

Al empezar a escribir temía que fuese, otra vez, sólo un cuento breve. Pero al mismo tiempo temía que me saliese demasiado largo y aburrido. Recordaba que mi madre cuando leía una novela demasiado larga y aburrida decía: «Qué tostón». Hasta entonces nunca se me había ocurrido pensar en mi madre cuando escribía. Y si había pensado me había parecido que no me importaba nada su opinión. Pero ahora mi madre estaba lejos y yo la echaba de menos. Por primera vez sentí el deseo de escribir algo que gustara a mi madre. Para no dar el tostón escribí y reescribí varias veces las primeras páginas procurando ser lo más escueta y seca posible. Quería que cada frase fuese como un latigazo o una bofetada.

En la historia que había trazado entraron personajes reales sin ser llamados en absoluto. A decir verdad no sé si tenía una historia trazada precisamente. Descubrí que un cuento hay que tenerlo en la cabeza como un armazón mientras que una narración larga a partir de un momento se desgrana por sí misma, se escribe prácticamente sola. Me había detenido largamente en las primeras páginas pero después de ellas cogí carrerilla y seguí de un tirón.

Mis personajes eran la gente del pueblo que veía a través de las ventanas y encontraba en los senderos. Sin ser llamados ni buscados habían entrado en mi historia; a algunos los había reconocido enseguida, a otros los reconocí sólo cuando terminé de escribir. Y entre ellos se mezclaban —también sin ser llamados— mis amigos y mis parientes más cercanos. Y el camino, el camino que cortaba por la mitad el pueblo y corría, entre campos y colinas, hasta la ciudad de Aquila, había entrado también dentro de mi historia cuyo título yo aún desconocía, porque después de haber tenido durante años tantos títulos en la cabeza, ahora que estaba escribiendo una novela no sabía qué título darle. Cuando terminé mi novela (así la llamaba para

mí) conté los personajes y vi que eran doce. ¡Doce! Me parecieron muchos. Sin embargo me desesperaba que en realidad no fuese una novela larga sino nada más que un cuento bastante largo. No sé si me gustaba. Mejor dicho me gustaba hasta lo inverosímil porque era mía, sólo que no me parecía que en el fondo dijera nada especial.

El camino era, pues, el camino que he dicho. La ciudad era a la vez Aquila y Turín. El pueblo era aquel, amado y detestado, en que vivía ya desde hacía más de un año y que ya conocía en sus más remotas callejas y senderos. La chica que dice «yo» era una chica que solía ver en aquellos senderos, la casa era su casa y la madre era su madre. Aunque en parte era también una antigua compañera de escuela a la que no veía hacía años. Y en parte era además, de alguna forma oscura y confusa, yo misma. Y desde entonces advertí que al usar la primera persona yo misma, sin ser llamada ni buscada, me deslizaba siempre en mi escritura.

No di nombre alguno ni al pueblo ni a la ciudad. Seguía sintiendo aquella antigua aversión a usar nombres de lugares reales. Y usar nombres de lugares inventados entonces también me repugnaba (lo hice más tarde). Del mismo modo sentía una profunda aversión por los apellidos: mis personajes nunca tenían apellido. No sé si seguía aún vivo en mí el pesar de haber nacido en Italia y no a las orillas del Don. Creo más bien que sentía entonces una especie de impulso que me llevaba a buscar un mundo que no estuviese situado en un punto especial de Italia, un mundo que pudiese ser a la vez Norte y Sur. En lo que respecta a los apellidos, me hicieron falta años y años para liberarme de mi aversión hacia ellos: y no creo haberme librado del todo siquiera hoy.

Cuando terminé esta novela, descubrí que si había algo vivo en ella, nacía de los vínculos de amor y odio que me unían a aquel pueblo; y nacía del odio y del amor que habían emparejado y mezclado en los personajes a la gente del pueblo con mis parientes cercanos, amigos y hermanos: me repetí de nuevo que no debía contar nada que me fuese indiferente o extraño, que en mis personajes debían esconderse siempre personas vivas a quienes estaba unida por vínculos estrechos. Aparentemente ningún vínculo estrecho me ligaba a la gente del pueblo que veía al pasar y que había entrado en mi historia, pero era estrecho el vínculo de amor y odio que me unía al pueblo entero; y con la gente del pueblo estaban confundidos mis amigos y hermanos. Y pensé que éste era el significado de escribir no «al azar». Escribir «al azar» era dejarse llevar por el juego de la pura observación e invención, que tiene lugar fuera de nosotros, eligiendo a tientas entre seres, lugares y cosas indiferentes a nosotros. Escribir no «al azar» era hablar sólo de aquello que amamos. La memoria es amorosa y no es nunca «casual». Ahonda sus raíces en nuestra propia vida y por ello su elección no es nunca «casual» sino siempre apasionada e imperiosa. Lo pensé; pero después lo olvidé, y seguidamente durante muchos años me entregué al juego de la

ociosa invención, creyendo poder inventar a partir de la nada, sin amor ni odio, entreteniéndome entre seres y cosas por las que sólo sentía una ociosa curiosidad.

El título *El camino que va a la ciudad* no lo encontré yo. Fue mi marido. El libro salió en el 42 con pseudónimo y en el pueblo nadie supo que yo había escrito y publicado un libro.

Habían pasado seis años cuando escribí *Sucedió así*. En ese tiempo no volví a leer *El camino que va a la ciudad*, en parte porque lo había releído mucho cuando salió pero sobre todo porque me traía recuerdos de una época en la que había sido feliz[1] y también del pueblo, pueblo al que no había vuelto a ir y que se me antojaba lejano y remoto como la India o la China, y en verdad era lejano y remoto, incluso en cierto sentido existía sólo en mi memoria, porque si hubiera regresado no habría podido encontrar nada de la persona que yo era cuando vivía allí, y nada de la felicidad que allí me había rodeado: los caminos por los que se llegaba al pueblo estaban arrasados y cortados para mí.

Al escribir *El camino que va a la ciudad* quería que cada frase fuese como un latigazo o una bofetada. En cambio cuando escribí *Sucedió así* me sentía infeliz y no tenía ni ganas ni fuerza para dar bofetadas o latigazos. Se podría pensar que tenía ganas de disparar, ya que este cuento empieza con un disparo: pero no. Estaba completamente sin fuerzas y era infeliz.

Escribí este relato para ser un poco menos infeliz. Me equivoqué. No debemos buscar nunca en la escritura una consolación. No debemos tener un objetivo. Si hay algo que esté claro es que hay que escribir sin tener ningún objetivo.

El disparo nació de la casualidad. Deseaba escribir, encontré un disparo y me dejé llevar por él. Pero el disparo no responde a una necesidad real de la historia. La historia discurre a su pesar y al margen de él. El disparo tendría que haber sido sólo una intención. Hubiera sido correcto que esa mujer en vez de disparar hubiera imaginado que disparaba. No es que este relato no me guste; sé dónde está vivo y dónde no es «casual». Pero sé dónde es «casual». Cuando lo escribí tenía la mente confusa y andaba a tientas en el vacío, y de hecho lo que aún está vivo en el cuento es precisamente la oscuridad, la confusión y el andar a tientas de esa mujer.

Vivía de nuevo en Turín. Había reencontrado Turín, la niebla, el invierno gris y las mudas avenidas con sus bancos desiertos. Este cuento, *Sucedió así*, lo escribí casi entero en la sede de la editorial[2] donde trabajaba entonces. Acababa de terminar la guerra y teníamos estufas de terracota que echaban mucho humo, porque las instalaciones de calefacción, destruidas por la guerra, no funcionaban todavía. Este cuento está impregnado de humo, de lluvia y de niebla. Qué otra cosa flotaba en mi cabeza además del humo y la niebla no lo sé. Flotaba vagamente una novela americana leída muchos años atrás en una traducción francesa: el título francés era *Chair de ma chair*, el título inglés era *Mother's cry*: no recuerdo el autor. Quiero

decir aquí que a veces podemos sentirnos impulsados a escribir no por libros que nos gustan mucho sino por libros que no nos gustan en absoluto. Estos llegan a nosotros por caminos oscuros, tocando cuerdas secretas, colmándonos de lágrimas y de emoción tal vez vulgares e innobles, pero a esa emoción y a esas lágrimas, que brotan de nosotros mientras nuestro juicio permanece hostil, debemos el impulso de escribir.

Con respecto a *Chair de ma chair*, recuerdo que era una novela en que una mujer habla de su hijo que acaba en la silla eléctrica. Era una novela sin una sola coma. Y a mi no me apetecía poner comas. Explicaré por qué: las comas son como pasos, los pasos significan esfuerzo y yo no tenía ganas de esforzarme. Sintiéndome débil no quería caminar sino sentarme y dejarme deslizar. Por eso escribí *Sucedió así*, novela casi sin comas, aunque terminé por poner alguna coma e incluso por esforzarme un poco, el esfuerzo de componer y construir una tenue historia, porque mientras escribía pensé que sin esfuerzo no se hace nada. Mientras escribía no me preocupé de saber si en la mujer que dice «yo» estaba o no estaba yo misma. Porque era muy infeliz y dejaba que mi infelicidad paciese donde le pareciera.

Cuando se publicó este cuento alguien me dijo: «Si fueras más feliz habrías escrito un cuento mejor». Callé pensando que era verdad. Era verdad, sí, pero aún era más cierto que para mí no se trataba tanto de llegar a ser menos infeliz como de lograr escribir a pesar de mi infelicidad y sin preocuparme de ella, sin dejar que enturbiase y contaminase las cosas que escribía. Pero para lograr esto es preciso que la infelicidad no sea en nosotros una interrogación lacrimosa y ansiosa sino una consciencia absoluta, inexorable y mortal.

En los años que siguieron, poco a poco, dejé de pensar en la escritura. Pensaba en ella sólo cuando escribía. *La madre* es del 48, *Valentino* del 51. Escribí estos dos cuentos sin que antes flotase nada en mi cabeza, nada. Vivía —y vivo— sin ideas de relatos.

En el 52 escribí *Nuestros ayeres*, novela más bien larga de la que no voy a hablar aquí. Diré sólo que en ella mis personajes habían perdido la facultad de hablarse. Mejor dicho se hablaban, pero no ya de forma directa, los diálogos en forma directa se me habían vuelto odiosos. Aquí se desarrollaban de forma indirecta, entremetidos estrechamente en el tejido de la historia; y el tejido conectivo de la historia era apretado, como una labor de punto demasiado apretada y compacta que no deja filtrar el aire. En el 57 escribí *Sagitario*, cuento también éste totalmente privado de diálogo. *Sagitario* tiene dos defectos. El primero es que también aquí la trama del tejido es demasiado estrecha y compacta, mucho más que en *Nuestros ayeres*; y el segundo es que la historia está demasiado estructurada. Recuerdo que tuve que esforzarme para componer y articular la historia. Experimenté un sentimiento de fatiga. Y bien, hay cierto componente de fatiga en todo aquello que escribimos, pero es preciso que este componente no se desborde nunca. Dicho de otra manera el esfuerzo de escribir debe

ser un esfuerzo natural y feliz, no debe ser nunca el esfuerzo triste y frío del pensamiento. El pensamiento, cuando requiere esfuerzo, no resulta más grande sino más pequeño. Resulta pequeño como un insecto. Su esfuerzo es el de una hormiga trabajando en su hormiguero. Es preciso escribir y pensar con el corazón y el cuerpo, no con la cabeza y el pensamiento.

En el 61 escribí *Las palabras de la noche*. Vivía en Londres desde hacía dos años. Pasaba las mañanas leyendo viejos números de la *Stampa* y de *Paese Sera*. Buscaba en esos periódicos nombres de calles de Turín y de Roma donde tenían lugar altercados y crímenes. No conseguía leer los periódicos ingleses. Leía en cambio en inglés todas las novelas de Ivy Compton Burnett. Son novelas en que sólo hay diálogo, un diálogo malévolo y perverso. Me gustaban. Me hubiera gustado poder verme con Ivy Compton Burnett, vieja señorita que vivía, según me habían dicho, en mi barrio, aunque también me habían dicho que no era interesante estar con ella, porque hablaba sólo del tiempo y de frigoríficos. De todas formas yo amaba sus libros y me hubiera gustado hablar una vez de frigoríficos con ella.

Salía de casa. Mi casa estaba situada entre Holland Park y Notting-Hill Gate. Hacía la compra en una tienda que se llamaba «Delikatessen Store», regentada por un polaco. Entre las latas del escaparate y del mostrador podían verse panes de centeno y grandes platos de choucroute. Al volver veía en el camino viejecitas que bien podían ser Ivy Compton Burnett. Sentía una aguda nostalgia de Italia.

Empecé *Las palabras de la noche* con la intención de escribir un cuento de dos o tres páginas. Después de la primera página pensé que escribiría un cuento largo, tal vez larguísimo. Vi de repente surgir en aquel relato, sin ser llamados ni buscados, los lugares de mi infancia. Eran los campos del Piamonte y las calles de Turín. Durante toda la vida me había avergonzado de esos lugares, los había proscrito de mi escritura como si de una paternidad inaceptable se tratara; y cuando se habían asomado en mis relatos rápidamente los había disfrazado, tan rápidamente que ni siquiera me había dado cuenta; y los había enmascarado tan bien que yo misma los reconocía a duras penas. Ahora en cambio me los encontraba allí, en Londres, engendrados por la nostalgia, vinculados quién sabe cómo a los diálogos de Ivy Compton Burnett, melancólicos por lejanos pero a la vez tan alegres, tan cristalinos y límpidos. No se me ocurrió siquiera disfrazarlos: esta vez no lo habrían tolerado. Y de los lugares de mi infancia brotaban las figuras de mi infancia y dialogaban entre sí y conmigo. Experimenté una gran alegría. De pura alegría empezaba párrafo continuamente; empezaba párrafo a cada frase. Y, viendo la alegría loca que experimentaba en aquellos años al hacerlo, no sé quién hubiera sido capaz de impedírmelo.

Había bien poco que inventar y no inventé. Mejor dicho inventé, pero la invención brotaba de la memoria, y mi memoria estaba tan resuelta y feliz que se liberaba sin esfuerzo de aquello que no se le parecía. Usaba apellidos. Estaba tan

contenta y tan libre que usaba apellidos, tan insignificante me parecía mi antigua repugnancia por los apellidos, tan sencillo me resultaba dejar atrás todas las antiguas aversiones y las antiguas vergüenzas.

En el 62 escribí *Léxico familiar*. Vivía otra vez en Roma y sentía nostalgia de Londres. Y es que la nostalgia se une siempre al deseo de escribir.

Léxico familiar es una novela de pura, desnuda, descubierta y declarada memoria. No sé si es el mejor de mis libros, pero sin duda es el único libro que he escrito en estado de absoluta libertad. Escribirlo fue para mí exactamente igual que hablar. Ya no me preocupaban nada las comas, las no comas, la malla ancha, la malla estrecha: nada, nada. Ya no tenía ningún tipo de repugnancia o de aversión. Y sobre todo no me pregunté siquiera una vez si escribía «al azar». El azar estaba totalmente desterrado de mí.

Así llegué a la pura memoria: llegué con pasos de lobo, dando rodeos, tras haberme dicho que las fuentes de la memoria eran aquellas de las que nunca debía beber, el único lugar del mundo al que debía negarme a ir. Y no sé si escribiré aún otros libros, pero sé que si volviera a escribir tendría que encontrarme en aquel estado de absoluta y pura libertad.

NATALIA GINZBURG
Noviembre 1964

Notas

[1] El 5 de febrero de 1944, después de abandonar el pueblo en el que Natalia Ginzburg escribió *El camino que va a la ciudad*, Leone Ginzburg, su marido, muere a los meses de ser detenido en las cárceles alemanas de Roma. <<

[2] Se refiere a la conocida editorial EINAUDI que ha publicado toda su obra y en la que trabajó entre otros con Cesare Pavese, al que le unió una gran amistad. <<